



LA CASA DEL TAHUR,
de Antonio Mira de Amescua

Personajes:

MARCELO Gentil, viejo

ALEJANDRO, su hijo

ROQUE, lacayo

Don **DIEGO** Osorio, galán

Don **LUIS**, Galán

CARLOS de Villamayor, sevillano

ISABELA, esposa de Alejandro

ÁNGELA de Mendoza, dama

Ángela de Heredia, **MADRE** de Angelica

GÓMEZ, escudero viejo

FABIÁN, criado

ACTO PRIMERO

Salen MARCELO y ALEJANDRO

MARCELO: Hijo, que único heredero
de mi casa y de mi honor
has nacido, no es amor
la pasión con que te quiero.
Un afecto es, más asido
al alma. Aunque dije mal
--amor es, mas sin igual.
Amor singular ha sido.
La escuela de mis verdades
y consejos te ha criado,
pero tu error te ha llevado
por juegos y mocedades.
Jugabas lo que tenías,
y no tenías también,
y tierno quisiste bien
cuantas mujeres veías.
Contrario amor suele estar
al juego, y en tu sosiego
ni el amor divirtió el juego
ni el jugar venció al amar.
En una y [en] otra guerra,
que el juego y amor son lides,
siempre estabas como Alcides,
un pie en el mar, otro en tierra.
Remedio, por mil caminos,
intenté en vano a mi pena,
y al fin hallé el que refrena
juveniles desatinos.
Caséte con Isabela
de quien fui tutor y a quien
ha aprovechado más bien
la doctrina de mi escuela.
En su rostro, en su cordura,
con singular eminencia,
aun están en competencia
la virtud y la hermosura.
Ha durado la alegría
en tu casa, en quien estoy
como huésped, hasta hoy.
Éste es el octavo día.
En la casa del tahir
se dice que dura poco.
Pues ya los umbrales toco
de la muerte, y su segur
siento casi a la garganta,
¡dulce muerte me acomoda!
Haz cuenta que siempre es boda.
Dure, oh hijo, esta paz santa.
Yo, en mi casa y retirado,

mirar tu enmienda pretendo;
procedo bien advirtiéndote
que ya mi hacienda te he dado.

Tuya es ya la renta mía;
no tengo más que dejarte.
Sólo reservo la parte
que al alma me convenía.

Si le perdieras, apela
al hospital y no a mí.
Hacienda y mujer te di.
Buen dote trujo Isabela.

Bien sé que cuerdo dispones
el gobierno de tu casa;
que el error del joven pasa
con nuevas obligaciones.

Bien sé que el dichoso estado,
en que ya vives contento,
despierta tu entendimiento
y nueva razón te ha dado;
pero nunca inútil es
el buen consejo.

ALEJANDRO: Señor,
agradecido a ese amor,
beso mil veces tu pies.
Yo con Isabela vivo,
preso de amor. ¿Qué cuidado
vencerá un enamorado?
¿Ni qué juego al que es cautivo?
Mucho estimo tus consejos,
que al fin me doctrinan y aman.
Vejeces los mozos llaman
lo que prudencia los viejos;
pero a mí ya me recrea
tu elección. No la condeno,
que siempre el consejo es bueno
aunque menester no sea.

Adentro ROQUE y dos MÚSICOS

ROQUE: Brindis, sos músicos.
MÚSICO 1: Mía es la obligación.
Espera, ya la paga.
ROQUE: ¡Oh, quién tuviera
una boda cada día!
MARCELO: Tus amigos te visitan
si te alegran tus criados.
Yo me voy, hijo. Los hados
vida feliz te permitan.

***Vase [MARCELO]. Salen don DIEGO, don LUIS, y
CARLOS***

DIEGO: Aun huele a boda la casa.
ALEJANDRO: ¡Oh, don Diego! ¡Oh, don Lúís!
¡Qué tarde a verme venís!

LUIS: Mientras que la octava pasa
de esta doméstica fiesta,
no era ocuparte razón.

ALEJANDRO: La amistad, la obligación,
en ningún tiempo molesta.
¿Quién es aquel gentilhombre?

DIEGO: De Sevilla y caballero,
y nuestro amigo.

ALEJANDRO: Yo quiero
que mío también se nombre.

LUIS: Hanos dado a conocer
una dama sevillana...
No mujer, no cosa humana...
Ángel es, que no mujer.
Aquí a Madrid ha venido
con su madre a proseguir
ciertos pleitos.

DIEGO: Y a decir
que sola Sevilla ha sido
la madre de la hermosura.

LUIS: Con este conocimiento
de Carlos, en su aposento,
en amistad casta y pura,
tenemos conversación.
Rífanse dulces y aloja,
y pasamos la congoja
de las siestas.

ALEJANDRO: No es razón,
señor Carlos, que yo sea
de tal amistad ajeno.

CARLOS: Si para servir soy bueno,
serviros mi alma desea.

ALEJANDRO: Mi persona y esta casa
están a vuestro servicio.

Salen los dos MÚSICOS y ROQUE con una taza y un jarro

ROQUE: ¡No es boda donde hay jüicio!

DIEGO: ¡Hola! ¡Mirad lo que pasa!

ALEJANDRO: Roque y dos músicos son.
Mi boda están celebrando,
más bebiendo que cantando.

LUIS: No es mala la ocupación
si cantan mal, pues bebiendo
no cantarán.

ALEJANDRO: Son malditos.

ROQUE: No es, oh músicos mosquitos,
voz la vuestra sino estruendo.
Zumbadme en estos oídos,
bailaré.

ALEJANDRO: ¡Loco, despierta!

ROQUE: La boca sola está alerta
mientras duermen los sentidos.

ALEJANDRO: ¿A qué habéis salido aquí?

ROQUE: Para danzar, ¿no lo ves?,

en tus bodas.

ALEJANDRO: ¡Lindos pies de danzar!

LUIS: Serán así bacanales, no himeneos.

ROQUE: ¿No veis los que representan?
 ¡Qué bailecillos inventan
 de visajes y meneos!
 En ellos, si consideras,
 dos diferencias se ofrecen;
 que allá borrachos parecen
 y aquí lo estamos de veras.
 Allá se dejan caer,
 tuercen el cuerpo al desgaire,
 dan traspiés, burlan del aire
 que el danzar debe tener.
 ¿Qué oficios hay inventados
 que no se imiten allí?
 Parecen, bailando así,
 o locos o endemoniados.
 No hay cosa en la vida humana
 que no baile a su despecho.
 La matemática han hecho
 bailarina escarramana.
 Una araña, roja y fiera,
 en Italia he visto yo,
 y cualquiera que picó
 baila de aquesta manera.
 Y pienso que no se engaña
 un señor muy avisado
 que dice que se han pasado
 las tarántulas a España.

ALEJANDRO: Y aun hacen esos errores,
 que en España renovemos
 bailes que culpados vemos
 en los antiguos autores.

ROQUE: Cantad, músicos panarras,
 que ya me voy meneando.

MÚSICO 1: Reventaremos cantando.

ROQUE: Eso hacen las cigarras.

Cantan. Baila ROQUE

MÚSICOS: "Cualquier casamiento
 alegra la casa,
 como no se casen
 el vino y el agua.
 Goza de Isabelita,
 hermosa y gallarda,
 el nuevo Alejandro,
 honra de su patria.
 Haya muchos siglos
 placer en su casa,
 como no se casen
 el vino y el agua."

ALEJANDRO: Basta, basta, que este día
 no estáis para nada buenos.

DIEGO: De vino los tiene llenos
vuestra dichosa alegría.
Tanta os dé vuestra mujer
que nunca podáis mirar
ni la cara del pesar
ni la espalda del placer.
Años del fénix no visto
viváis con ella, Alejandro,
los de Nestor, los de Evandro,
los de Príamo y Egisto.
El tiempo que corre aprisa
tardo movimiento tenga,
y al fin vuestra muerte venga
envuelta entre sueño y risa.

ALEJANDRO: Deseos son lisonjeros
de una voluntad pagada.
Tráeme la capa y la espada;
que con estos caballeros
saldré un rato.

LUIS: Es honra nuestra.

MÚSICO 2: En otra boda os veáis.

ALEJANDRO: Mala música tendgáis.
¡Que sí tendréis si es la vuestra,
que yo no quiero enviudar!

Vanse los MÚSICOS y ROQUE

LUIS: No, ¡plega a Dios! Antes sean
tantos tus hijos que vean,
de los cielos y del mar,
luces y arenas iguales
a su número, y de flores
se coronan vencedores
en mil batallas navales.
Uno en la guerra crüel
ciña de roble su frente,
otro sabio y diligente
en la escuela, de laurel.
Uno suba en la conquista
de alguna empresa cristiana,
y otro en la corte romana
sagrada púrpura vista.

[Sale ROQUE en capa y sombrero]

ALEJANDRO: Dulce cosa es el casarse
si tal parabién se espera.

ROQUE: Si quisiere salir fuera,
su merced, a pasearse,
no se habrá visto jamás
tan galán.

*Pónele su misma capa y sombrero [a
ALEJANDRO]*

LUIS: ¿Qué has hecho, loco?
ALEJANDRO: A cólera me provocó.
 Cansado borracho estás.
ROQUE: En éste, tu alegre estado,
 de un modo estamos tú y yo.
ALEJANDRO: Luego, ¿estoy borracho?
ROQUE: No, pero estás...
ALEJANDRO: ¿Qué estoy?
ROQUE: Casado.
 Pues si yo mal no me acuerdo,
 la mujer al vino imita;
 porque en un momento quita
 el seso al hombre más cuerdo.
 Que se pueden comparar
 oí a un discreto decir,
 pues tal vez hacen reír,
 y tal vez hacen llorar.
 ¿No has visto qué dulcemente
 entra el vino por la boca,
 y cuando a las tripas toca,
 qué fuerte y bravo se siente?
 La mujer, cuando se casa,
 entra muy mansa, porque es
 vino al beberse, y después
 no hay quien la sufra en la casa.
 Como vino puro ha sido
 la que a ser ligera empieza,
 pues se sube a la cabeza
 del desdichado marido.
 Una diferencia alego:
 que el vino viejo ha de ser,
 mas si es vieja la mujer,
 leña es, seca, ¡vaya al fuego!
 Un cortesano bizarro,
 de estos melífluos decía
 que él en la mujer querría
 las calidades del jarro:
 limpio ha de ser, sano y nuevo.
 Y así mujer linda o fea,
 ya que es vino, jarro sea,
 que de otra suerte no bebo.

***Salen ISABELA y FABIÁN. Sacan de vestir a
ALEJANDRO***

ISABELA: ¿Dónde, con tal diligencia?
FABIÁN: Dicen que salir quería.
ISABELA: ¿Vais fuera?
ALEJANDRO: Sí, gloria mía;
 mas no sin vuestra licencia.
 Es forzoso acompañar mis amigos.
DIEGO: Servidores suyos y vuestros.
ISABELA: Señores, míos os podéis llamar.

Van vistiendo [a] ALEJANDRO

CARLOS: (¡Mujer divina! El extremo de hermosura manifiesta. Ángel es ángel, mas ésta es de otro coro supremo. ¿Qué superior jerarquía contiene este ángel? En mí siento, después que la vi, nueva suerte de alegría). **Aparte**

ISABELA: Por parecer desposado, lleva más joyas, si quieres. Envidiarán las mujeres mi felicísimo estado. La cadena de diamantes llevarás.

ALEJANDRO: A mucho obligan tus joyas.

ISABELA: Quiero que digan como hay mujeres, amantes de sus maridos.

CARLOS: (¡Qué grave honestidad y qué hermosa compostura! No vi cosa a l[os] ojos más süave). **Aparte**

Apartados [ALEJANDRO y LUIS]

ALEJANDRO: Mi curiosa inclinación ver esa Ángela desea.

LUIS: ¿Hay más, sin que se vea?

ALEJANDRO: ¿Y a cualquier conversación está apacible? ¿O se espanta?

LUIS: Con un honesto recato, es agradable su trato.

ALEJANDRO: ¿Y su madre?

LUIS: Es una santa. Argos es de la muchacha, pero aplica su atención a libros de devoción, y es sorda.

ALEJANDRO: ¡Famosa tacha!

CARLOS: (Gloria inspira, si la veo. Rige mis ojos razón, que el ver con delectación cerca está de ser deseo). **Aparte**

Vanse. [Quédanse ISABELA y ROQUE]

ISABELA: ¿Qué amigos, Roque, son éstos?

ROQUE: Los amigos que se usan. En el trabajo se excusan, y en la dicha son molestos. Todos son de la manera que fáciles golondrinas, que nos buscan, peregrinas, en la verde primavera.

Vinieron de allende el mar
buscando el mayo templado,
y antes del diciembre helado,
van a otra parte a cantar.

Facilidad semejante
en nuestra sombra se vea,
que nos sigue y nos rodea
sin dejarnos un instante,
y aunque de nosotros nace
cuando el sol su luz no niega,
apenas la noche llega
cuando vana se deshace.

Éstos vienen y se alejan
según los tiempos prosiguen:
en el próspero no[s] siguen,
y en el adverso nos dejan.

Los primeros han de ser
que a los juegos o a las damas
le lleven.

ISABELA: ¡Ay, Roque! Si amas a tu señor...

ROQUE: ¿Qué [he] de hacer?

ISABELA: Suplicarle muy de veras
que vuelva presto.

ROQUE: Yo voy.

ISABELA: Síguele.

ROQUE: Podenco soy,
que sé bien sus madrigueras.

***Vanse. Salen ÁNGELA y su madre con un
libro***

MADRE: Ángela.

ÁNGELA: ¿Señora?

MADRE: Escucha una madre que desea
que vivas felicemente,
que prósperos años tengas.
Hermosura y gallardía
te dio la Naturaleza,
hidalga sangre tus padres,
el Tiempo su primavera.
Juventud gozas florida,
sólo la Fortuna ciega
contra tus méritos, hija,
te ha negado su riqueza.
Supla el arte a la Fortuna,
y la buena diligencia
engendre en ti la ventura
que te niegan las estrellas.
En la corte estás, que es mar
donde el diligente pesca,
el venturoso triunfa,
y el desdichado se anega.
Buen anzuelo es la hermosura,
muchos golosos se ceban;
aspira a un gran casamiento,

tiende la red lisonjera.
De este mañoso edificio,
la primera baja sea
conservar la buena fama
de castísima doncella,
la virtud y honra delante;
porque así a su sombra puedas
envolver un favorcillo,
dos palabras, cuatro letras.
Aquí el recibir no es mancha
que la virtud nos afea;
gracia es tomar si se hace
con donaire y gentileza.
A cuantos te pretendieren
es razón que favorezcas
con tanta astucia que duden
si es amor el que les muestras.
Suele un semblante apacible
engañar al que desea;
da esperanzas, pero tales
que presto se desvanezcan.
Cuando algún rico galán
a tu propósito veas
herido ya del amor,
hasta las plumas la flecha
envida con casamiento,
y si se retira, deja
de escucharle; un ventanazo
le pique más o divierta.
A nadie tengas amor,
porque estando libre puedas
a tu mano levantarte
y ser lince en las cautelas.
Muchos quieren engañar,
y la pobrecilla necia
que en lazos de amor se halla,
rendida al engaño queda.
Ese Carlos que ha venido,
según dice, el alma llena
de esperanzas y de amores,
mira que es pobre. Huye, tiembla.
¿Cuartana me da en pensarlo?
Ni de burlas, ni de veras
le escuches; que amor de un pobre,
voz traidor es de sirena.
Yo, mi hija, me [he] fingido
sorda aquí, y es bien que entiendas
la causa. No es sin misterio
que sorda y devota sea.
Si una madre es algo esquiva
y sus hijas guarda y cela
sin permitir que les digan
una palabrilla tierna,
luego dicen los mozuelos
que como zánganos cercan
esta miel de la hermosura:
"Sierpe se finge la vieja,

todo es arte, ya entendemos.
¡A fe que si el oro viera
que más blanda se mostrara."
Cánsanse y la empresa dejan.
Si la madre es apacible
y no se espanta ni altera
de que digan sus deseos
y honradamente pretendan,
luego dicen: "¡Oh qué madre!
Para obispo ha de ser buena.
¡Oh qué mitra de papel
previenen a tu cabeza!"
Disfámase con aquesto,
y da ocasión que se atrevan
a querer más que favores
los que a sus hijas pasean.
Buen remedio, sorda soy,
y a su encanto las orejas
tengo como áspid tapadas;
hablen, pidan, penen, mueran.
Los libros de devoción
serán de mi honor defensa;
que los hipócritas hoy
el mundo tras sí se llevan.
Mostraré de cuando en cuando
la condición zahareña,
con esto no me disfaman
ni de pretender se alejan.
Sorda seré a sus intentos;
bien oiré cuando convenga.
Advertiréte de todo
con mi prudente cautela,
Todo el mundo es trazas, hija,
¿quién no finge? ¿Quién no inventa?
Los astutos enriquecen
y los modestos no medran.
Atentamente he escuchado
tu lección, pero me enseñas
una bárbara doctrina
que aun no la saben las fieras.
Dices que no tenga amor;
leyes injustas ordenas
contra la razón del alma
que al mismo Amor se sujeta.
¿Qué discurso es poderoso
contra las divinas fuerzas
de Amor? ¿Cuándo no es vana
nuestra mortal resistencia?
Aman los brutos, y amor
simples palomas nos muestran
cuando el aliento se hurtan
con los picos y las lenguas.
La tórtola en verdes ramas
con arrullos ama y cela,
y si ha perdido el amante,
gime siempre en ramas secas.
Los músicos ruiseñores

ÁNGELA:

que cantan con diferencias
no articulados motetes,
¿quién, si no Amor, los gobierna?
Las cosas inanimadas
aman también, que la hiedra
ama al fresno, al olmo verde
ama la vid opulenta.
Con recíprocos amores
las altas palmas engendran
unos pálidos racimos
dentro de pardas cortezas.

MADRE: Esas son bachillerías
que aprendes en las comedias.
No irás más a los teatros;
que eres presumida y necia.
Ama al oro. Ama a tu madre.
Ama la virtud honesta.

ÁNGELA: (¡Ay, Carlos! ¿Cómo es posible **Aparte**
no querer hasta que muera?)

Salen ALEJANDRO, LUIS, don DIEGO y CARLOS

LUIS: La licencia que da la cortesía
y proceder urbano de esta casa
nos ha puesto osadía
para entrarnos así.

ÁNGELA: Fueran ingratos,
los que no lo hicieran, al deseo
que mi madre ha tenido de servirlos.

MADRE: Bien dice aquél proverbio: que está el lobo
en la conseja. Agora en este punto
yo y Angelica hablábamos de todos.

DIEGO: Pues, ¿hay en qué servirlos?

MADRE: Le reñía
a esta muchacha porque trae diamantes;
que no son las sortijas de doncellas,
pues que señales son del matrimonio.
Y en aqueste propósito decía
que en viniendo los tres, os suplicara
le rifárades ésta. Muestra, niña.

Tómale una sortija

CARLOS: Por tocar un anillo de tal mano,
todos lo rifarán.

ALEJANDRO: Y yo el primero.

CARLOS: Alejandro, señoras, nuestro amigo
viene a ofrecerles por criado vuestro.
Llega, Alejandro.

ALEJANDRO: Vuestras manos beso.

MADRE: ¿Y se llama Leandro? Enamorado
está obligado a ser con ese nombre.

ÁNGELA: Alejandro se llama, no Leandro.

MADRE: Liberal ha de ser si es Alejandro.

CARLOS: Vengan los naipes, pues.

ÁNGELA: Trae naipes. ¡Hola!
 DIEGO: ¿Y en cuánto ha de rifarse, mi señora?
 MADRE: ¿Qué me lo habéis de dar? Quien lo ganare
 haga su voluntad.
 ÁNGELA: No dicen eso.
 LUIS: ¿En cuánto ha de rifarse?
 MADRE: Él ha costado...
 ¿Cuántos escudos, Ángela? ¿Cuarenta?
 DIEGO: Pues, rífese en cincuenta.
 MADRE: ¡En ciento basta!
 DIEGO: No hay sordo que oiga mal en su provecho.
 En cincuenta decimos.
 MADRE: Todo es vuestro.
 ALEJANDRO: (¡Qué divina mujer! ¡Qué bellos ojos! **Aparte**
 Mi corazón es cera; fácilmente
 se da al hermosa objeto
 cuando su proporción amable siente.
 Confieso mi flaqueza,
 confiésome indiscreto;
 mas no niego que puede esta belleza
 rendir los corazones, no de cera,
 de bronce inculto. De una airada fiera
 refrene la razón. ¡Loco antojos!
 ¡Qué divina mujer! ¡Qué bellos ojos!)
 CARLOS: (Válgate Dios, amén, por casadilla! **Aparte**
 Olvidarla no puedo.
 Pensaba que con ver a Angela hermosa
 las especies borraría
 que en la memoria conservé dichosa,
 y a la luz de su cara
 desengañado quedo
 de aquella competencia que en el alma
 sentí dudosamente.
 Isabela venció. Doyle la palma.
 Hermosa es más la ausente.
 ¿Si ya la novedad no maravilla?
 ¡Válgate Dios, amén, por casadilla!)

Sale GÓMEZ con naipes

GÓMEZ: Aquí tienen las horas, sus mercedes,
 donde el oficio rezan al diablo.
 Cófrade fui en un tiempo;
 destruido me tienen sus figuras,
 que mil maravedís perdí en un año.
 DIEGO: No fue mortal el daño.
 LUIS: ¿Cómo se rifará?
 CARLOS: Que el peor la pague
 y habrá quínola sola.

Pónense en un bufete a jugar

ALEJANDRO: Jamás rifa gané. No vale mano.
 DIEGO: La primera será si aquésta gano.

[Aparte la MADRE y ÁNGELA]

MADRE: Acero son tus ojos y los lleva
tras sí la imán de Carlos. Teme, hija,
que es como el árbol el amor del alma,
vara tierna al principio,
después árbol copioso en cuyos ramas
hacen nido las aves,
y el mar rompen osados.
Corta este amor con frágiles raíces.

ÁNGELA: Señora, ¿qué me dices?
¿Aún mirar no me dejas?

MADRE: Somos profetas las que somos viejas.

DIEGO: Cincuenta.

LUIS: Flux.

CARLOS: Primera.

ALEJANDRO: Veinticinco.
Páguela yo en efecto. Es evidencia,
si juego, he de perder, y más si es rifa.

MADRE: ¿Quién la ganó?

LUIS: Quien volverá a su dueño
la piedra que, excedida en hermosura,
ufana está en su mano.
(¡Dichoso yo si gano
la voluntad con ella
del cielo de quien es cándida estrella!)
A vuestra mano vuelve
el diamante que ya la luz perdía.

ÁNGELA: No lo recibiré, por vida mía.

MADRE: Rapaza, no seas necia.
¿No ves que es grosería?
Los caballeros usan dar las rifas
y el tomar no se excusa.
Acaba.

ÁNGELA: Pues, si se usa...

Tómala

ALEJANDRO: Aquí, señora, van cincuenta escudos
dichosos más que el dueño que tenían.

ÁNGELA: Que perdiésedes, cierto me ha pesado.
Ya tengo yo el diamante;
servíos, Alejandro, del dinero.

MADRE: Rapaza, no seas necia.
¿No ves que es grosería?
Los caballeros usan pagar rifas,
y el tomar no se excusa.
Tómalos.

ANGELA: Pues, si se usa...

Toma el bolsillo

DIEGO: (Sin haberla perdido, estoy picado). **Aparte**

GÓMEZ: ¿Los naipes?

ALEJANDRO: Jugaremos.
GÓMEZ: ¿El barato
de los naipes?
LUIS: Juguemos.
GÓMEZ: ¿Naipes?
DIEGO: ¡Ea!
MADRE: Alerta, hija mía,
que enriquece en un día
un juego de estos una casa honrada,
si la del jugador deja abrasada.

*Pónense a jugar. Ellas se asientan en dos sillas y dejan
una
vacía en medio, que ha de haber tres, y la vieja está con un
libro
leyendo*

ÁNGELA: (Con una nueva tibieza **Aparte**
hallo en Carlos la afición.
Quiero hablarle, que es pasión
de nuestra naturaleza.
Ya tímidas, ya atrevidas,
somos con varios extremos;
queridas aborrecemos,
y amamos aborrecidas).
Carlos.
CARLOS: ¿Señora?
ÁNGELA: Esta silla te espera.
CARLOS: ¡Linda esperanza!

*Siéntase en la silla de en medio y lo mismo han de hacer
todos
[después]*

ÁNGELA: Tu tristeza, tu mudanza,
oh Carlos, me maravilla.
Más alegre me mirabas
y con más amor te veía.
Mientras la culpa no es mía,
sin duda que más amabas.
CARLOS: Angela admirada dejas
el alma que te rendí.
Siempre me quejé de ti,
¿cómo de mi amor te quejas?

*[La MADRE habla] como que está leyendo en voz
alta*

MADRE: "¡Oh, necia, loca atrevida,
que no tomas los consejos
de los padres y los viejos,
que son luces de la vida!
¿Por qué tu amor lisonjero
se abate así a la pobreza?

Ama, hija, la riqueza
de un esposo verdadero."
¡Lindo libro! ¡Qué bien hace
discursos! Doblo la hoja.

CARLOS: ¿Con quién tu madre se enoja?
ÁNGELA: Cuando algo le satisface
lee en voz alta.

CARLOS: Si te oyó...
ÁNGELA: Si me oyera, me matara.
¡Jesús!

ALEJANDRO: ¿Por qué no repara?
CARLOS: Suerte Alejandro ganó.
ÁNGELA: ¿Quién es éste?
CARLOS: Uno que tiene
una mujer de los cielos.

ÁNGELA: ¿Y proceden de esos celos
las tristezas con que viene?
"¡Una mujer de los cielos!"
¡Fue ternera y melodía!
¡Trocado estás, a fe mía!
Donde hubo amor, nacen hielos.

CARLOS: Dame nadie más cuidado.
LUIS: Más.
CARLOS: Quiero a ninguna más.
DIEGO: Más.
LUIS: Más.
CARLOS: ¡Qué terrible estás!
¡Para mi amor...

ALEJANDRO: ¡Si ha parado...
CARLOS: ¿Trueco yo, o acaso niego?
ALEJANDRO: Una por otra.
ÁNGELA: ¿Has oído?
En mi causa han respondido.

CARLOS: ¿Es tu oráculo aquel juego?
Jugar quiero, y perderé
por no escuchar tus porfías.

Levántase CARLOS, y vase a jugar

MADRE: ¡Ah! ¡No llegues a mis días!
ÁNGELA: Otra vez me enmendaré.
ALEJANDRO: ¡Los naipes! Nada han de dar.
Soy gaitero desdichado.
No hay dinero de contado.
GÓMEZ: Pues, sáquenlo sin contar.

***Don LUIS se retira del juego con una cadena de
oro***

MADRE: Don Luis gana. Está advertida.
Con pena nos has tenido,
don Lúis. Pues no has perdido,
siéntate aquí por tu vida.
Divierte un rato a Angelica
porque no me estorbe a mí.

LUIS: (Amor después que la di **Aparte**
la sortija, porque pica
el dar como juego y celos.
Quizás, como soy llamado,
soy escogido).

Siéntase en medio de las dos

ÁNGELA: Yo he estado
con sobresalto y recelos
no perdieses, y te había
sortija y dinero ya
prevenido, y todo está
a tu servicio, ¡a fe mía!

LUIS: Antes, señora, gané
esta cadenilla.

ÁNGELA: Es buena.

LUIS: Tuyos son dueño y cadena
después que tu sol miré.

[La MADRE habla] como que lee

MADRE: "¡Lindo punto!
Hija, no pase la ocasión."

LUIS: Que yo nací
sólo para amarte a ti
.....[-ase]
Véase claro, pues jamás
supe de amor hasta amarte.

ÁNGELA: ¿Nunca amaste en otra parte?

Leyendo [la MADRE]

MADRE: "¡Que lejos del punto vas!
Oye, hija, vuelve al caso.
Mira que yo no te entiendo."

LUIS: ¡Con qué afecto está leyendo,
alto una vez y otra paso!

ÁNGELA: ¿Cómo no ha de estar dudoso,
que de amor el dulce efeto
carece un hombre discreto,
galán, mozo y dadivoso?

Quien a mí, con ser doncella
de quien sólo ser amado
puede sacar, hoy me ha dado
una sortija y tras ella
esa cadena me ofrece,
¿qué no habrá rendido?

MADRE: "¡Ansí!

Al punto vas por ahí!"

LUIS: No rinde quien no merece.

Sale ROQUE y pónese a verlos jugar. subido sobre

algo

ROQUE: Tras mi señor he venido,
Baldovinos, que he sacado
por el rastro. Y si ha jugado,
rastro de sangre habrá sido.
 En la estacada está puesto;
desnuda tiene la espada,
y la cadena preciada
tiene por escudo y resto.
 La espada esgrime y baraja,
y su contrario ha parado.
Suertes blancas han tomado.
¡Más y más; que hiende y raja!
 ¡Oh, qué sota! ¡Oh, qué herida!
¡Que le han dado por la cara!
¡Vive Dios, que la repara
¡Caballo! ¡Troya es perdida!

Al decir "caballo" es con un grito

DIEGO: ¿Quién da voces?
ALEJANDRO: De esa suerte
 loco estás, siendo mi azar,
 si acaso me ves jugar.
ROQUE: Y cuando pierdes sin verte,
 ¿qué azar hay?
GÓMEZ: No se nos meta
 Sancho Panza a esta aventura.
ROQUE: Pensé que eras la figura
 que quitan a la carteta.
GÓMEZ: Figura y caballo soy
 pues que me da pesadumbre
 un lacayo.
ROQUE: Medio azumbre
 hará la paz.
GÓMEZ: Tras ti voy. Naipes.

Vanse GÓMEZ y ROQUE

ÁNGELA: De mi voluntad
 poca retórica he sido,
 pues [con] ella [he] conocido,
 sin más arte, la verdad.
 Confieso que el cielo ordena
 que ame ya quien libre estaba,
 y en señal de ser tu esclava,
 comprar pienso una cadena,
 como ésa, que en mi cuello
 diga como tuya soy.

[Siempre como comentando su lectura]

MADRE: "¡Oh, qué bien!"
LUIS: Si ésta te doy,
más vengo a ganar en ello,
pues la señal será mía.
ÁNGELA: Yo la estimo, pero sea
de modo que no la vea
mi madre. ¡Que me daría solimán!

MADRE: (Para la cara).
LUIS: Nueva invención es de amor
que el esclavo eche al señor
la cadena.

Aparte

Dale la cadena

ÁNGELA: Cosa es clara
que el señor es quien la da.
Finge que vuelves al juego.
Disimula.
LUIS: Amor es fuego.
Mal encubrirse podrá.
Con dicha a esta casa vengo
si en ella misma gané
oro y amor, piedra y fe.

***Levántase y vuelve a jugar y don DIEGO se retira del juego
con
una cadena grande, [la] de ALEJANDRO***

ÁNGELA: (¡Víctor madre! ¡Ya la tengo!)

ALEJANDRO: ¿Os levantáis? ¡Vive Dios,
que es vil quien juega y soez!

DIEGO: Quiero ganar una vez.
CARLOS: Ya no jugamos los dos!

Aparte

[A Ángela]

MADRE: La cadena de diamantes
gana don Diego. Ésta es
presa importante.

[A la MADRE]

ÁNGELA: Armo, pues,
dos conceptillos amantes.
MADRE: A dos capítulos llego,
de grande gusto, mas ésta
me divierte y me molesta.
Entreténla aquí, don Diego.

Siéntase [don DIEGO] en medio

DIEGO: Hoy estoy de dicha. Amor,
prósperos fines ordena.
Fortuna me dio cadena,
dame tú alegre favor.

ÁNGELA: ¡Jesús, qué desasosiego!
¡Qué inquietud y qué agonías,
temerosa que perdías,
padecí este rato!

DIEGO: Luego,
¿cuidado te dio, señora,
mi pérdida o mi ganancia?

ÁNGELA: No es lisonja, ni es jactancia.
A mi madre dije agora,
"Madre, si don Diego pierde,
mis joyuelas le he de dar
porque se pueda esquitar
y porque de mí se acuerde.
Pero quiso Dios, que es bueno,
alegrarme en tal mal rato.

DIEGO: (Esto es pedirme barato. **Aparte**
En diez doblas me condeno).
Ángela tus oraciones
dado mis ganancias han.
Si el diezmo a la iglesia dan,
recibe estos diez doblones.

ÁNGELA: ¿Diez doblones? ¡Ah, don Diego!
¿Barato he de recibir
de quien tengo de servir?
¡A qué poca estima llego
contigo! Doncella soy;
con madre celosa vivo.
Solamente amor recibo,
y amor solamente doy.
Sabe el cielo que quisiera
tener que darte un tesoro,
que sin piedras y sin oro
rica con amarte fuera.

DIEGO: Ángela, a tantas mercedes,
¿qué te puedo responder?
Tu esclavo eterno he de ser.
Herrarme la cara puedes;
mas antes que se me olvide,
no soy a tu madre ingrato.
Quiero darle este barato.
¡Ah, señora!

MADRE: ¿Quién me impide?

DIEGO: Voluntad buena me excusa. Toma.

MADRE: Nada he de tomar.

ÁNGELA: Caballeros usan dar barato.

MADRE: Pues, si se usa...

Tómalo

ALEJANDRO: ¡Ah, socarrona maldita!
¡Vieja engañosa infiel!
¡Estafadora crüel

que las haciendas nos quita!
 ¡Ah, sota, yo te maldigo!
 Siempre tu azar me mató.

MADRE: (¡Qué sobresalto me dio! **Aparte**
 Pensé que hablaba conmigo).

ÁNGELA: ¿Irás, tierno enamorado,
 y a tu dama le darás
 la cadena, y le dirás,
 "Ésta en tu nombre he ganado?"

DIEGO: No tengo dama, a fe mía.

ÁNGELA: Si eso fuere así, felice
 quien su voluntad te dice.

Leyendo tres versos

MADRE: "Siempre venció la porfía.
 Duro es el monte y se ablanda
 a las uñas de las fieras."
 ¡Oh, si este libro leyeras!
 ¡Qué buenas cosas nos manda!

ÁNGELA: Como es joya de mujer
 más que de hombre esa cadena,
 alguna dama no buena
 luego te finge querer.
 Tú, que no eres zahareño,
 consideras que es ganada,
 dásela, queda obligada,
 tú con dama y yo sin dueño.
 ¡Ah, don Diego! ¡Nunca yo
 venido a Madrid hubiera!

DIEGO: No es cadena que la diera tan fácil.

ÁNGELA: Quien la ganó nada pone de su casa,
 y más tú, que liberal
 eres a Alejandro igual.

MADRE: "No pienso yo que eso pasa."
 DIEGO: Sólo es tuya, que con esto
 los diamantes son felices.

ÁNGELA: ¡Qué tibiamente lo dices!
 No aceptaré. (Envido el resto). **Aparte**
 Haz, por tu vida, una cosa.
 La palabra me has de dar
 que la tienes de guardar
 para dársela a tu esposa
 cuando te cases.

DIEGO: La doy.

ÁNGELA: Eres blando y lisonjero.
 Ahora bien, guardarla quiero;
 tu depositaria soy.
 Ni la has de dar, ni jugar;
 ni escritorio ha de tenella.

DIEGO: (Hoy salí con buena estrella; **Aparte**
 esto sin duda, es amar).

ÁNGELA: En tanto que te casares
 y tu boda se concluya,
 en memoria de que es tuya,

Vase quitando la cadena [a DIEGO]

idolotrados altares
serán estos eslabones,
y quien el alma te da
mejor te la volverá.
En buena parte la pones.

DIEGO: Si el alma que es más preciosa
tienes allá de amor llena,
segura está la cadena.

Dásela

ÁNGELA: Cosa es clara.
MADRE: (Es clara cosa). **Aparte**
LUIS: Sobre palabras no juego.
ALEJANDRO: Mi palabra vale más
que el oro de otros.
LUIS: Estás de enojo y cólera ciego.
ALEJANDRO: Sea enojo o lo que fuere,
mi palabra es de más precio
que tu caudal, y es un necio
el que otra cosa dijere.

Vase sin cintillo en el hombro.

CARLOS: Yo, sólo el cintillo gano
con toda aquesta mohina.
LUIS: Tu casa es cosa divina;
en ella no meto mano.
Vendré, mis señoras, luego.
CARLOS: ¡Linda quimera, por Dios!
No habréis de reñir los dos.

Vase don LUIS

ÁNGELA: Más es su amigo don Diego,
Carlos, espera. Él irá.
¡Corre, don Diego!
DIEGO: El perder le disculpa.

Vase don DIEGO

ÁNGELA: ¿Es su mujer
la que llamándote está?
CARLOS: De tu error me maravillo.
¿A eso vuelves?
ÁNGELA: Sí, que veo
en ti un ardiente deseo
de gozar este cintillo
sólo porque es del marido
de la "mujer de los cielos."

CARLOS: ;Oh, qué impertinentes celos!
ÁNGELA: Celos no, codicia ha sido.
CARLOS: El cintillo y todo el oro
del mundo estimo yo en eso.

Arroja el cintillo y vase

ÁNGELA: Carlos, oye.
MADRE: Este suceso vale para mí un tesoro.

Levántalo la MADRE

ÁNGELA: Escucha.
MADRE: ;Qué necia amante! ;Déjale!
ÁNGELA: Tu fe es muy poca, Carlos.
MADRE: ;Angela, estás loca!
ÁNGELA: ;Qué terrible!
MADRE: ;Qué ignorante!

Vanse. Salen ALEJANDRO y ROQUE

ALEJANDRO: ¿Nos siguen?
ROQUE: Persona alguna
parece y en casa estás.
ALEJANDRO: ¿Has visto, Roque, jamás
tal estrella, tal fortuna?
 ¿Qué adversos astros serán
éstos que al fuego me inclinan,
y rigor me determinan?
ROQUE: Las estrellas de Vilhán.
Sólo sé, y ando acertado
que el tahir necio o astuto
es el animal más bruto
que en el campo ha rebuznado.
 ¿Qué mono en agua ha caído,
donde se pudo ahogar
porque no sabe nadar,
que un charco no haya temido?
 ¿Qué mula dio un tropezón,
o cayó en un hoyo acaso,
que no huya de aquel paso
con mulesca discreción?
 ¿Qué borrico adelfas come
y dolor de tripas tiene,
que si a ver adelfas viene,
en su boca asnal las tome?
 ¿Qué zorra, mi prima fiel,
en un gallinero entró,
donde muerta se fingió,
que vuelva otra vez a él?
 No hay bruto que no escarmiente
de una vez, y el jugador,
como obstinado en su error
su daño mismo no siente.

ALEJANDRO: Dices bien, y tanta ha sido
en esto mi obstinación,
que sólo me da pasión
que del juego me he venido.

ROQUE: Pues, volverse en conclusión.

ALEJANDRO; Qué jugar no queda, ¿cómo?

ROQUE: Si como te hiciste momo
te hubieras hecho bufón,
vestido y dientes quedaban.
Soldado me has parecido
de agua dulce, que ha venido
donde sus padres estaban.
Sale con plumas brüoso
y hundiendo casi la tierra,
dice: "¡A la guerra, a la guerra!"
Galán, soberbio y furioso
piérdese de mal pagado,
vuelve y camisa no tiene.
Dícenle: "¿De adónde viene?"
Responde muy mesurado,
"De la guerra." De este modo
saliste de joyas lleno,
hecho un Narciso o Vireno,
cuello y puños a lo godó.
Daban los diamantes llamas,
y al brillar sus luces vivas,
soberbio dijiste que ibas
a jugar y a matar damas.
Ya si llegan a saber,
como pensativo estás,
de adonde vienes, dirás:
"De jugar y de perder."

ALEJANDRO: Roque, basta, que no soy mármol.

Sale ISABELA

ROQUE: Mi señora sale.

ALEJANDRO: ¿Qué vergüenza hay que se iguale
a la que sintiendo estoy?

ISABELA: Mi señor, ¡estás aquí
y avisar no mandarás?
¿Cómo vienes? ¿Cómo estás?
¿Qué tristeza es ésta? Di.
¿Traes salud?

ALEJANDRO: Señora, sí.

ISABELA: ¿Y honra?

ALEJANDRO: También.

ISABELA: Di la suerte:
¿qué mal puede haber tan fuerte
que turbe nuestras acciones
si faltan las dos pasiones
que abren camino a la muerte?

ALEJANDRO: Vengo sin joyas.

ISABELA: Señor, no es caso tan riguroso
que en ánimo generoso

deba engendrar tal dolor.
Joyas tengo de valor.

[A ROQUE]

Pide el cofrecillo luego.

Éntrase ROQUE

Vuelve, si gustas, al juego,
porque si en esto consiste
el dejar de estar tan triste,
quiero comprar tu sosiego.

ALEJANDRO: Amor te debo, y finezas
no ordinarias, mi Isabela.
Tu buen ánimo consuela
mis errores y tristezas.

ISABELA: No te daré las riquezas
que se escriben del rey Midas,
pero joyas guarnecidas
de infinita voluntad.

ALEJANDRO: Pase, Isabela, tu edad
el término de las vidas.

Sale ROQUE con un cofrecillo

ISABELA: Esta rosa de diamantes,
y estos dos apretadores
puedes tomar, y estas flores
a mi afición semejantes.
Toma esta cintura.

ALEJANDRO: (Amantes, **Aparte**
envidia tan grande amor).

[ROQUE y ALEJANDRO hablan a un lado]

ROQUE: ¿Cómo lo tomas, señor?

ALEJANDRO: Picado estoy, y porfía
mi estrella.

ROQUE: (¿Qué cortesía **Aparte**
no estragará un jugador?)

ALEJANDRO: ¡Ah, Roque! Con tu licencia,
esta rosa has de llevar
a Ángela (que al jugar **Aparte**
y al perder en su presencia,
sentí de amor la violencia).
Descortés salí.

ROQUE: (¿Esto pasa? **Aparte**

ALEJANDRO: Di que el perder en su casa fue ganar.

ROQUE: (¡Qué desvarío!) **Aparte**

ALEJANDRO: Y así en barato le envío
flores que su sol abrasa.
Cúbrela, que no la vea

Isabela.

[A ella]

Adiós, señora,
yo vuelvo dentro de una hora,
que el alma veros desea.
¿Qué fortuna habrá que sea
contraria a joyas que dio
un amor que igual no vio?

Vase [ALEJANDRO]

ISABELA: Dime, Roque, una verdad.
¿Fue fineza o necedad,
ésta que agora hice yo?
ROQUE: Necedad, y la mayor
que una burra prieta ha hecho.
ISABELA: Quise sosegar su pecho.
ROQUE: ¿Joyas das a un jugador?
ISABELA: Yo no las di, sino Amor.
ROQUE: Pues, yo del agua vertida
tengo la media cogida.
Guarda, Isabela, esta rosa,
y no lo sepa, que es cosa
que me costara la vida.

Vase [ROQUE]

ISABELA: Al pacífico mar su leño entrega
marinero feliz, y en salvamento,
a pesar de las aguas y del viento,
coronado de flámulas navega.
Otro se atreve al mar, y apenas llega
cuando sufre el rigor de este elemento.
Tal es a la mujer el casamiento;
una se salva en él, otra se anega.
Vívese en paz y amor cuando hay ventura,
mas cuando el hado con rigor porfía,
¿qué pueden la virtud y la hermosura?
No sé qué tal será la suerte mía;
sé que dice el proverbio: "Poco dura
en casa del tahir el alegría."

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO

Salen ALEJANDRO y ROQUE

ALEJANDRO: ¿Cuándo al riguroso hado
que los astros determina,
lastimará la rüina
de mi paciencia y estado?
Cielo hermoso, cielo airado,
¿No he de mirar vez alguna
el rostro de la Fortuna
benigno en las cosas mías?
Aun tú eres cielo y varias
los afectos de la luna.
 ¡Ah, juego! Tu mal eterno
mis desdichas hace iguales.
Tres máquinas dio, infernales,
contra el hombre el cruel infierno
en este tiempo moderno:
duelo dio contra el honor;
contra la vida, el furor
de la pólvora estupenda;
y naipes contra la hacienda,
que fue la furia mayor.

ROQUE: ¿Siempre has de ser Jeremías,
siempre llorar y perder?

ALEJANDRO: Juramentos he de hacer
de no jugar en mis días.

ROQUE: Un ladrón de esa manera,
después que por varios casos
daba los últimos pasos
que son los de la escalera,
 cuando ya el verdugo estaba
¿Arrójolo...? ¿No lo arrojo...?,
con piedad o con enojo
de esta manera juraba:

 "Cielo, de luz escogida,
amparadme en este aprieto,
que yo os juro y os prometo
de no hurtar en mi vida."

 Ansí, señor, tu jurar
vendrá a ser como este cuento,
pues haces el juramento
cuando ya no hay qué jugar.

ALEJANDRO: ¡Ay, Roque! En tantas fatigas
aun me queda algún consuelo.

ROQUE: ¿Y es?

ALEJANDRO: El ángel de mi cielo.
Bien es que otra vez me digas
qué dijo al tomar la rosa
de diamantes que le diste.

¿Mostró el rostro alegre o triste?
 ¿Te pareció muy hermosa?

ROQUE: Agora se me ha ofrecido
 remedio para quitarte
 el jugar; tan buen arte,
 de un albéitar la he aprendido.
 En dos distancias iguales
 dicen que si al asno pones
 de paja iguales porciones,
 son sus ganas tan bestiales,
 que ignorando a cuál irá,
 se estará indeterminado
 sin poder comer bocado
 de una ni otra. Así estará
 tu inclinación con sosiego.
 Pondrémoste en una parte
 una mozuela del arte,
 y de otra tablas del juego.
 Tú, a ambas cosas inclinado,
 ya Vilhán y ya Narciso
 te quedarás indeciso,
 ni tahir ni enamorado.

ALEJANDRO: A ser bufón te condeno.
 De tus locura me río.

ROQUE: ¿Tan necio soy y tan frío
 que para bufón soy bueno?
 ¿Por qué agora...?

ALEJANDRO: Háblame antes de Ángela.

ROQUE: Hecho, señor,
 tu pajecico de amor,
 le di la flor de diamantes,
 y con mucha cortesía
 la tomó, dando a entender
 que aunque es honesta mujer,
 que te amaba y te quería;
 que no ha visto en hombre agrado
 que más a su gusto cuadre;
 mas que tendrá, por su madre,
 este amor disimulado.
 No ha de hablarte en su presencia,
 y también se ha de enojar
 si vuelves más a jugar.
 Ésta es, señor, la sentencia.
 (¡Sáqueme Dios de este enredo **Aparte**
 con mi cara entera!)

ALEJANDRO: En algo diré ya que mucho valgo,
 y llamarme feliz puedo.,
 No había de ser en todo
 desdichado; si hoy apenas
 vi sus ojos, ¡oh sirenas!,
 y me quiere de este modo.
 Antes, con descortesía,
 yo de su casa salí...

ROQUE: Sin duda perdiste allí
 con donaire y gallardía
 y éste su flechazo fue.

ALEJANDRO: Un papel le he prevenido,

que después de haber perdido
con este me despiqué,
y lo has de llevar.
ROQUE: (Aquí mi mentira ha de ir creciendo, **Aparte**
pero sus joyas definiendo
llueva o nieve sobre mí).

Dale el papel

ALEJANDRO: Roque, el vestido bordado
de Isabela en mi aposento
tengo escondido, que exento
solo del juego ha quedado.
Sin ser visto, entra por él
y a doña Ángela lo lleva,
Dafne de estos siglos nueva
más hermosa y más crüel.

ROQUE: (¿Hay perdición como aquésta? **Aparte**
No se lo pienso estorbar
porque no le he de llevar).

ALEJANDRO: Y no vengas sin respuesta.

ROQUE: Yo la traeré. (Mas notada **Aparte**
de mi ingenio lacayuno).

[Vase ROQUE]

ALEJANDRO: Amor, desde hoy importuno
tu templo y ara sagrada.
Mi amor será sin igual
y, ¿qué mucho que si el juego
me hizo pródigo y, ciego,
me hagas tú liberal.

Sale ISABELA

ISABELA: Alejandro, mi señor,
no viváis con inquietud;
que perderéis la salud
que es la pérdida mayor.
Turbar las horas del día,
dormir poco y comer tarde
no es regla con que se guarde
vuestra vida que es la mía.
No lloro mi soledad,
mi propio daño no siento;
que es de vuestro entendimiento
esclava mi voluntad.

ALEJANDRO: ¿Ángela, tantos agravios!
ISABELA: ¿Ángela soy? No es bien hecho
que el ángel que está en el pecho
salga por yerro a los labios.
Y si en él, dos se reciben,
entre yo a tan dulce unión,
porque es cielo el corazón

donde los ángeles viven.
ALEJANDRO: ¿Llamarte Ángela es tormento?
ISABELA: Ángel de pena seré
porque de gloria yo sé
que ni la doy ni la siento.
ALEJANDRO: Déjame ya de enfadar.
Dame de comer, que vengo
con grande gana.
ISABELA: No tengo
cosa que poderte dar.
ALEJANDRO: ¿Cómo no?
ISABELA: Pues que dinero,
vestido, joya ni plata dejaste.
ALEJANDRO: ¡Mujer ingrata,
que finge amor lisonjero!
¡Vive el cielo que te mate
la cólera con que vengo.

Mete mano a la daga

ISABELA: ¿Qué he de hacer si no lo tengo?
ALEJANDRO: ¡Buscarlo! (¿Qué disparate **Aparte**
no ha de hacer un jugador
hambriento y desesperado?)
ISABELA: ¿Daga para mí has sacado?
¿Esto es honra? ¿Esto es amor?

Vase [ALEJANDRO]

Escuchad mis querellas,
imágenes hermosas de los cielos,
si escuchan las estrellas
desdichas de mujer que llora celos,
desdén, olvido, engaños,
en el abril florido de sus años.
Hermosísima luna
que tres veces al mes mudas semblante,
la voz oye importuna
de una simple mujer, tórtola amante
de un ingrato marido
que en menos tiempo más mudable ha sido.

***Sale MARCELO y quédase a la puerta
escuchando***

Mísera yo, engañada,
avecilla inocente que cautiva
en la red marañada
en eterna prisión mientras que viva,
en vez del dulce canto
mis músicas serán penas y llanto.
Daré a los elementos
materia con dolor y sin sosiego,
suspiros a los vientos,

mis lágrimas al mar, mi amor al fuego,
y a las arenas pías,
pálidos huesos y cenizas frías.

MARCELO: Isabela, señora,
consuelo de mi edad, serena el llanto.
El alba es la que llora,
que no el cándido sol del cielo santo.
La nube es la que llueve,
el cielo no, que en círculos se mueve.
Serena, pues, los ojos,
soles hermanos y animados cielos,
y dime tus enojos.

ISABELA: Alejandro, señor, tras darme celos,
jugar joyas y plata,
vestidos y dineros, mal me trata.
Con el desnudo acero
me pidió de comer, no lo tenía,
que aun yo de hambre muero.
Que los "buscase" dijo, ¡oh, tiranía!
¡Palabra vil, infame!
¿Que me manda el honor que ansí la llame!
¿Qué más, señor, dijera
un hombre sin honor, que al ocio y gula
se entrega, de manera
que a su incasta mujer le disimula
vivir libre, y consienta
el invisible peso de la afrenta?

MARCELO: No llores, hija mía,
la pródiga pasión de aquel ingrato.
En mis riquezas fía.
El fénix te traeré para tu plato,
y sus rosadas alas
servirán de penachos en tus galas.
Las joyas más subidas
de humana estimación guardadas tengo.
Seré un segundo Midas,
racimos de diamantes te prevengo,
y para tu tesoro
dará perlas el mar, los montes oro.
Más galas y hermosura
el mayo no tendrá cuando desata
la nieve helada y pura;
rosas de sangre da, y lirios de plata
y en las flores süaves
beben aljófara las pintadas aves.
Ni el pavón envidioso
que diadema de rey le da osadía,
y al fénix más hermoso
en esferas de pluma desafía,
velando a sus espaldas
cien ojos de jacintos y esmeraldas.

Dale un bolsillo

Estos escudos toma
y prevénle un espléndida comida.

Tu sentimiento doma
alegre has de mostrarte. Está advertida
que joyas traerás bellas,
mas no sepa que soy el dueño de ellas.

Las bárbaras razones
que te dijo, remedio han descubierto
de enmendar sus acciones.
Los celos del honor, es caso cierto,
remediarán el daño,
y a mi cargo estará su desengaño.

Sale con un vestido ROQUE

ROQUE: Encierra, mi señora,
este vestido donde no lo vea.

MARCELO: ¿Llevábasle tú agora
para jugarlo?

ROQUE: Sea lo que sea;
que no seré yo cuerdo
si la cadena de diamantes pierdo.
Restaurarla imagino
porque tú la estimaste.

MARCELO: Es buen criado.
Tú me has de abrir camino
para ver a este pródigo enmendado.

ROQUE: Yo, señor, lo quisiera
para ver si matamos la ternera.

Vanse. Salen CARLOS y DOMINGO

CARLOS: No estaban en su casa
don Diego y don Lúís.

DOMINGO: Salido habían.

CARLOS: En casa de don Pedro
podrán estar jugando. Sube y mira
si hay juego. Pero espera,
que yo quiero subir.

DOMINGO: Aquí te aguardo.

Vase [CARLOS]. Salen don DIEGO y don LUIS

DIEGO: Si estuviere Alejandro
en casa de don Pedro, ¡por mi vida!,
que le tienes de hablar.

LUIS: De buena gana,
que no llegó su cólera a palabra
que el hablarle me impida.

DIEGO: Veremos a doña Ángela.

LUIS: Es temprano.
Si juegan en la casa de don Pedro,
jugaremos un rato.

DIEGO: ¿Está aquí tu señor?

DOMINGO: Buscándoos vino.

Sale ROQUE

ROQUE: (Vi pasar a don Diego y sin aliento llego). Una palabra, don Diego, mi señor. **Aparte**

DIEGO: ¿Qué quieres Roque?

ROQUE: Marcelo te suplica que le des la cadena de diamantes, tomando su valor en oro o plata porque era de su gusto.

DIEGO: Luego al punto que la gané, la di a cierta señora a que ella la guardase, y grosería parecerá el pedírsela tan presto. Yo haré lo que me manda, pasando algunos días.

Vanse LUIS y DIEGO

ROQUE: (¿Luego al punto a señora la dio? Pues que me maten si no la tiene aquella sevillana cuya figura representa roque en los amores de Alejandro. Quiero esperar a que baje de esta casa para darle un papel muy lisonjero de doña Ángela... no, de su escudero). **Aparte**

DOMINGO: Acaso, sor galán, ¿está su dueño jugando en esta casa?

ROQUE: O juega o mira. ¿De adónde es, so galán?

DOMINGO: Soy de Sevilla.

ROQUE: ¿Y tiene amo tahur?

DOMINGO: Aquí le aguardo con ganas de hugar veinte reales que me comen aquí.

ROQUE: Rasarlos quiero. Yo tengo naipes, que estos son percances de aquellos que servimos a tahures.

DOMINGO: ¡Vaya para roín el gran diablo! Y pues huegan, huguemos.

Quítase la capa ROQUE y pónela para jugar encima y quítase el sombrero y espada

ROQUE: Esta capa ha de ser el sobresuelo pues que no puede ser la sobremesa.

DOMINGO: Aquí me siento yo.

ROQUE: Siempre acostumbro jugar cómodamente. Espada mía, guardad este sombrero.

DOMINGO: ¿A qué se ha de jugar?

ROQUE: Al parar llano.
DOMINGO: Alcemos por la mano.
ROQUE: Una sota.
DOMINGO: Un caballo; el naipe es mío.
Pare con mucho brío.
ROQUE: Correr y pararse cuatro reales.
DOMINGO: Un as y un siete. La de Guadalupe,
encamine estos bueyes.
ROQUE: As.
DOMINGO: Perdílos.
Hágome momo.
ROQUE: Hágase diablo.
DOMINGO: ¿Qué me para?
ROQUE: Otros cuatro.
DOMINGO: Dos y caballo. ¡Arre acá, Babioca!
ROQUE: El niño entre dos palos. ¡Oh Cupido!

***Vagando ROQUE y juntando el dinero que se vea
bien***

DOMINGO: Otros cuatro he perdido.
ROQUE: ¡Hágase momo más!
DOMINGO: Hágome momo.
ROQUE: Pues, los ocho le paro.
DOMINGO: Siete y cinco.
Quinas de Portugal, vendréis un día.
ROQUE: Ya yo he visto la mía.
DOMINGO: También ésta perdí.
ROQUE: Mas si ganase
al paso que Alejandro va perdiendo...
DOMINGO: Hasta hacer una suerte el naipe es mío.
ROQUE: Ocho reales.
DOMINGO: Rey y tres. Felipo,
ven con tu espada aquí.
ROQUE: ¡Gran pie de perro,
ocho reales!
DOMINGO: ¡Vive Dios, no sufra
tantas desdichas el mayor cornudo!

***Arroja los naipes DOMINGO detrás de ROQUE y él se
levanta
a cogerlos y entretanto [DOMINGO] le lleva capa, espada, dineros y
sombrero***

ROQUE: ¿Coléricas, no habiendo más barajas,
mi señor sevillano? Poco a poco
los naipes cogeré esta vez, mas otras
los coja un sacaporras;
que a fe que juega con tahir, que sabe
perder el sol que sale y se pone.
Párame largo, esquitaráse presto.
¡Ah, señor sevillano!
¡Ah, señor andaluzo, es burla! ¡Acaba!

Anda ROQUE entrando y saliendo, buscando

¡Ah, borracho lacayo, rascamulas,
que no limpiacaballos!
Hecho me deja un Juan Paulín en cueros.
¡Ay, de vosotros! ¡Ay, capa y espada,
mi sombrero y dineros!
¡Un albís me dejó el de la hugada!

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: No hay hado ni fortuna,
ni dicha ni desdicha en este mundo.
Es juicio de los cielos
este rigor profundo
que mi vida importuna
en justos paralelos.
El bien y el mal, en mérito y castigo,
se dan al malo y bueno.
Mi hacienda perdí ya, juego enemigo,
y sobre mi palabra
ahora perdí más. Yo me condeno
a que la tierra sus gargantas abra.
¡Oh, Roquillo! ¿Aquí estás?

ROQUE: ¡Vaya, un partido!
Los dos para los dos. Vengan pelotas.
¡Jugar! ¡Venga! ¡Ya va! ¡Falta! ¡No es falta!
¡Choza, muchacho, allí! ¡Vale! ¡Lo quiero!
¡Pelotas! Oh, qué floja! ¡Envidia, envidia!

Hace que hincha la pelota

¡Chis, chis! ¡Cómo está buena!
¡Jugar! ¡Qué bien! ¡Tener quince! ¡No es quince!
¡Señor don [Berenjena], una atraviesa
sacó la vuestra! ¡Primo con vusía!
¡No quiero atravesar, por vida mía!

ALEJANDRO: ¿Estás borracho o loco?

ROQUE: Todo.

ALEJANDRO: Dime,
¿qué haces?

ROQUE: ¿No lo ves?

ALEJANDRO: ¿La capa?

ROQUE: Pesa.
¿Qué jugador has visto de pelota
que sombrero ni capa tenga encima?

ALEJANDRO: Dime, Roquillo, ¿cómo estás en cuerpo?

ROQUE: Dormíme en ese poyo y llegó Caco.

ALEJANDRO: Pesado sueño fue.

ROQUE: ¡Y pesada burla!

ALEJANDRO: ¿Y en mi negocio, te has dormido?

ROQUE: Grullo
he sido vigilante.

ALEJANDRO: ¿Traes respuesta?

ROQUE: ¡Y cómo que la traigo!

ALEJANDRO: ¡Ah, Roque, amigo!
Como estoy sin cadenas y sin joyas,
a vistarla no me atrevo. Vióme
galán la vez primera.
Agora, ¿qué dijera?

ROQUE: Un arbitrio he de darte a ese propósito.

ALEJANDRO: Dame el papel.

ROQUE: Escúchalo primero.
Cayó, por sus pecados, una zorra
en una trampa que un pastor le puso.
Huyóse aunque la cola
cortada se quedó en la trampa aguda.
Andaba triste y sola
como mona la pobre. Al fin propuso
a su zorruno rey que hiciese cortes,
que a toda la república importaba
la causa que trataba.
Juntáronse las zorras a consejo
y ella sentada, por cubrir su falta,
dijo que convenía
que sin hopos viviesen, pues el hopo
a ninguna servía
sino de pelo y lazo a ser cogidas;
que importaba a sus vidas
ser descoladas. Pero a tal consejo,
su rey, zorrano viejo,
respondió: "Levantaos, que ver queremos
si acaso tenéis cola." Levantóse
y el arbitrio rióse.
Tú puedes, mi señor, a los galanes
de la corte decir, que les conviene
que cadenas y joyas no se pongan,
pues, se pierden al juego
y a las damas también la causa incita.
Y yo juntaré a cortes mis lacayos,
y a todos propondré no traigan capas
y en cuerpo acompañemos
y a los pajes del rey imitaremos.

ALEJANDRO: ¿Siempre de humor?

ROQUE: ¿Y tú, de dolor siempre?

ALEJANDRO: Dame el papel, y mira si un bocado
hallas en casa, porque no he comido.

ROQUE: Toma el papel, saeta de Cupido.

Vase [ROQUE]

ALEJANDRO: ¡Ah, nena, tú que guardas el secreto
de mi dichoso amor! Rómpele luego.

[Lee la] carta

"Señor, muy enojada
me tiene vuestra gran descortesía,
pues amándoos yo tanto
no ha sido respetada

mi palabra y mi fe. ¡Qué grosería!
De vuestra discreción sola me espanto,
pues habiéndoos pedido
que no juguéis, ¿me habéis obedecido?"
En efecto ha sabido que he jugado
después que me mandó que no jugase.
¡Qué bien se ve que amado
de doña Ángela soy! A visitarla
iré esta tarde.

[Sale] ROQUE

- ROQUE: Mi señor, albricias.
La casa está de bodas. Unos manteles,
que al ampo de la nieve se aventajan,
cubren la mesa, que con varias flores
un banquete de mayo representan.
Un pavillo, un capón y dos pe[r]dices
arremetieron luego a mis narices
con olor aromático, y de vino,
que puede dar consejo,
la cantimplora llena y sepultada
en la nieve mejor que vio Granada.
Y aquello que me espanta, en un bufete,
como olvidados, vi muchos doblones
que luego mi señora
recogió, vergonzosa.
- ALEJANDRO: ¿Está enojada?
- ROQUE: Ni alegre más la vi, ni más hermosa.
Sin enojo y mohina,
ella da prisa a todo en la cocina.
- ALEJANDRO: ¿A quién habrá pedido
Isabela dineros?
- ROQUE: No habrá sido,
al menos, a tu padre; que hoy me dijo,
"Adviértele a mi hijo
que conserve su hacienda, y que no espere
de mí cosa ninguna."
- ALEJANDRO: Vamos, pues, a comer; que la Fortuna
a nadie desampara.

Vase ROQUE

Un veloz pensamiento,
con las alas, hirió mi fantasía,
y de ella resultó al entendimiento
juzgar severamente
de la desdicha mía.
¡Ay, ilusión fantástica, detente!
Imaginado mal, antojo o sombra,
afecto que no sé cómo se nombra,
en el alma te encierra.
No salgas a los labios;
no incites la memoria a infame guerra.
¿Isabela está alegre con agravios?

¿Mi casa regalada con pobreza?
¿Isabela sin deudos, sin amigos,
con flores y riqueza?
¡Ah, nunca yo dijera una palabra
colérica imprudente!
¡Ay, ilusión fantástica detente!
Negóme de comer. No lo tenía.
Que lo buscarse dije. ¡Oh, lengua necia!
Mas, ¡cómo, si es Lucrecia,
si es Porcia, si es Penélope, la agravio?
Corazón infiel, no llegue al labio
tan sutil pensamiento,
que aun no conviene que lo escuche el viento.

[Salen] ROQUE y FABIÁN

ROQUE: ¿No vienes a comer?
ALEJANDRO: Ya voy.

Vase ALEJANDRO

ROQUE: Pregunto:
¿me sabrás ayudar en cierto engaño?
FABIÁN: ¿De provecho o de daño?
ROQUE: De provecho.
FABIÁN: Sabré.
ROQUE: ¿Y sabrás fingirte
un aguacil de corte?
FABIÁN: ¡Y cómo que sabré, como te importe!

Vanse. Salen la MADRE y GÓMEZ

GÓMEZ: Marcelo Gentil espera
a que licencia le des
para entrar acá.
MADRE: ¿Quién es?
GÓMEZ: Un hombre que yo quisiera
ser dueño de su caudal.
Ni es muy mozo, ni muy viejo;
hombre de cuenta y consejo,
ginovés y principal.
MADRE: Entre persona tan rica;
que nos querrá, si es su intento,
tratar algún casamiento
con el ángel de Angelica.

Sale MARCELO

MARCELO: (Aunque finja que hay en mí **Aparte**
verdor, con esta mujer
he de procurar hacer
que Alejandro no entre aquí).
GÓMEZ: Algo sorda es mi señora;

MARCELO: háblele recio, señor.
Tenedme por servidor.
MADRE: Yo soy vuestra servidora.

Siéntanse

MARCELO: Los que en la veloz edad
casi a la vejez llegamos,
siendo cuerdos, procuramos
sosiego, paz y verdad.
Antes que llegue al intento
con que en esta casa estoy,
es bien deciros quién soy.

MADRE: (Esto huele a casamiento). **Aparte**

MARCELO: Gracias al cielo, yo tengo
honra y caudal.

MADRE: Ya lo sé.

MARCELO: De ese modo, excusaré
los discursos que prevengo,
y digo pues, que deseo
hallarme en casa aliviado
del doméstico cuidado
ya que con otros me veo.
Mi condición es sencilla
y, pues, mi edad no lo impide...

MADRE: (¿De esta trecha me la pide? **Aparte**
Borraca es la rapacilla
para darle hombre mayor).

MARCELO: Elegir pretendo estado,
y segunda vez casado,
vivir con gusto y amor.
Un hijo solo que tengo
tiene su hacienda, y la mía
llega a cien mil este día.
Rico estoy. ¿Qué me detengo?

MADRE: (¡Lindo caudal! Plega a Dios **Aparte**
que la pueda convencer,
porque siendo su mujer,
pasaremos bien las dos).

MARCELO: Hice elección, informado
de la virtud que he sabido
de esta casa, y ansí he sido
el tercero y desposado.
A nadie quise fiar
mi intención, y ansí os suplico...

MADRE: (¡Qué casamiento tan rico! **Aparte**
Yo se la pienso entregar).

MARCELO: ...que os suplico, digo pues,
¿queráis, señora, ser dueño
de mi casa?

MADRE: (¡Jesús! ¡Sueño!
Aparte
¡Si me pide a mí!) ¿Quién es
la que habéis pedido?

MARCELO: Vos,
que son la virtud y edad,

discreción y cualidad
a mi propósito.

MADRE: (Dios me ha deparado este bien. **Aparte**
Tanta la hipocresía
esta ventura me envía,
aunque yo no soy también
muy vieja ni mal tocada).
Digo, mi señor, que soy
vuestra hechura, y ansí estoy
obediente y obligada.

MARCELO: Pues, señora, si ansí pasa,
una merced solamente
os pido: que no entre gente
a visitar esta casa,
ni a jugar como otras veces;
que demás de ser malinos,
los ojos de los vecinos
son rigurosos jüeces.
No soy celoso, mas esto
convendrá, por vida mía,
hasta que se llegue el día
de la boda, y será presto.

MADRE: Un monasterio, señor,
ha de ser de aquí adelante
mi casa. (Si es importante **Aparte**
decirle cómo es error
que soy sorda..., pero no,
hasta ver en lo que para).

MARCELO: Pues, ya mi dicha está clara.
Dadme licencia, que yo
a veros vendré después.

MADRE: Soy vuestra esclava.

MARCELO: (¡Y mi abuela! **Aparte**
Creyólo la vejezuela;
ligera de cascos es.
Para corregir un hijo,
¿qué no intenta un padre bueno?)

Vase [MARCELO]

MADRE: El pecho me deja lleno
de juvenil regocijo.
Loca quedo de contento.
¡Angelica!

Sale ÁNGELA

ÁNGELA: ¡Ángela, escucha!
¡Qué priesa tienes!

MADRE: No es mucha
para tan gran casamiento.
Las visitas, hija mía,
ya han cesado. Hay gran misterio.
Esta casa es monasterio

de descalzas. Este día
tu remedio y tus cuidados
caminan con otro paso.

ÁNGELA: ¿Qué me dices?
MADRE: Que me caso.
ÁNGELA: ¿Con quién?
MADRE: Con cien mil ducados
y hombre dos veces gentil.
ÁNGELA: ¿Con años?
MADRE: Solos cuarenta.
ÁNGELA: Yo me casaré a esa cuenta
con veinte y doscientas mil.

Sale FABIÁN con vara

FABIÁN: ¿Quién está en casa?
ÁNGELA: ¿Quién llama?
FABIÁN: El que serviros codicia.
ÁNGELA: ¡Ay! ¿En casa la justicia?
FABIÁN: ¿Es buey de hurto?
MADRE: Y que infama
la mujer más casta y buena.
FABIÁN: Don Diego Osorio me envía,
por señas; que en este día
aquí ganó una cadena
de diamantes, y la dio
a guardar secretamente
a vuesa merced.
ÁNGELA: ¡Él miente!
FABIÁN: ¡Mis señora, eso no!
La cadena os ha dejado.
Mangas, cofres y escritorios
francos me haced, y notorios;
que por eso me ha enviado.
Todo lo tengo de ver.
Ciento y diez diamantes son,
y los pide. No es razón
que tan principal mujer...

Saca la cabeza por el vestuario ROQUE

ROQUE: (No te turbes, mentecato).
ÁNGELA: A él mismo le pienso dar.
FABIÁN: Yo soy hombre de fiar.
MADRE: ¿Alguacil de corte?
FABIÁN: Trato verdad y soy conocido;
y si llamo, a cuantos veo
daréis crédito.
MADRE: Lo creo.
No queremos más rüido.
Dásela y yo te prometo
otra cadena mejor;
que tu padre y mi señor
me tiene amor y respeto.
Salga de aquí este alguacil,

pues con buenas señas viene;
que ser visto no conviene
de don Marcelo Gentil.
ÁNGELA: ¿Cómo os llamáis?
FABIÁN: (Sois sutiles).
Picón es mi sobrenombre.
ROQUE: ¡Vive Dios, que no hay tal hombre
en todos los alguaciles
de la corte ni de España!)

Vase ROQUE

FABIÁN: ¿Es posible que no soy
conocido?
ÁNGELA: Ya os la doy.
FABIÁN: La justicia nunca engaña.
ÁNGELA: Decid, señor, a don Diego,
que es mucha descortesía,
pues la justicia me envía
a cobrar lo que no niego.

Saca de la manga la cadena y dála

FABIÁN: Temió el pobre algún engaño.

Vase [FABIÁN]

MADRE: ¡Descortés, pícaro vil!
¡A nuestra casa alguacil!
¡Éste es lindo desengaño
de cortesanos amantes!
¡Dichosa yo que hallé
riqueza, amor, honra y fe!
ÁNGELA: ¡Ay, mis perdidos diamantes!
MADRE: ¡Ya verás que es conveniente
que despidamos de casa
visitas? ¡Ved lo que pasa!
¡Tomad algo de esta gente...!
Pues, mira tú, si hoy pasara
adelante la cuestión.
ÁNGELA: Fue necio aquel fanfarrón.
Fuése sin volver la cara.

Sale ALEJANDRO con un papel en la mano

ALEJANDRO: (Amor y melancolía,
que en mi casa he concebido,
a este cielo me han traído,
cielo de luz y alegría).
Perdonad si aquí me he entrado
sin prevenida licencia,
porque amor, todo es violencia,
atreimiento y cuidado.

ÁNGELA: Bien se pudiera excusar,
caballero, esa osadía,
porque no es casa la mía
donde se viene a jugar.

ALEJANDRO: (Todavía está enojada).

ÁNGELA: Principalmente, quien es
conmigo tan descortés,
váyase a jugar. Ya enfada.

ALEJANDRO: (Lo mismo que escribe aquí
me ha repetido). Señora...,

ÁNGELA: No quiero disculpa ahora.

ALEJANDRO: (Como su madre está allí,
quiere decir que no hablemos).

ÁNGELA: ¡A enojos no me provoque;
que ni miro a rey ni a roque
si llegó a tales extremos!

ALEJANDRO: Por mí y Roquillo lo dice.
Sus agudezas son muchas).
Si mi disculpa no escuchas,
podré llamarme infelice.
No niego que te merezco
por riguroso jüez,
pero sólo erré una vez.
Ya, señora, te obedezco.

ÁNGELA: Yo lo doy por disculpado
y si es que discreto ha sido,
pudiera haberme entendido.

ALEJANDRO: (Lindamente me ha avisado
de su madre). Inobediente
no seré, tuyo nací,
y ley ha de ser en mí
tu palabra eternamente.
En eso que me mandaste,
obedecida serás,
porque así me importa más,
y ya lo pasado baste.

ÁNGELA: Veamos si lo hace ya.

ALEJANDRO: Tu gusto efecto merece.

A su hija

MADRE: Dice que ya te obedece,
¿y más de espacio se está?
¡Qué tanto enfados haya
en quien hoy apenas vimos
si no entiende que decimos
que de esta casa se vaya!

ÁNGELA: No he visto hombre más pesado.

[A él]

ALEJANDRO: ¿Hasme entendido?
Tan bien como tú.
Y, pues, no oye bien
tu madre, escucha...

ÁNGELA: ¿Qué enfado!
 ¿No te he dicho mi intención?
 ¿No te he propuesto mi gusto?
 ¿No sabes ya como es justo
 dejar tanta obstinación?
ALEJANDRO: Cuerdamente me predica
 que no juegue. ¡Oh, grande amor!)
ÁNGELA: ¿No me entiendes? ¡Linda flor!
ALEJANDRO: La flor de diamantes rica
 me alaba). Todo es muy poco
 para lo que yo deseo.

Entre ellas

ÁNGELA: ¿Hay hombre tan necio?
MADRE: Creo que este mozo viene loco.
 Un vestido agironado
 merece a fe.

[A él]

ÁNGELA: Has merecido
 de colores un vestido.
ALEJANDRO: El vestido me ha alabado).
ÁNGELA: ¡Ea! No porfíes. Vete.
 ¿Qué? ¿No me entiendes? Arguyo:
 manda que entre un criado tuyo
 que mi lengua interprete.
ALEJANDRO: (Dice que a Roque le envíe
 para escribirme con él,
 que es intérprete el papel
 de quien ama).
MADRE: (¡Que porfíe,
 sin atar ni desatar
 razón, este necio aquí!)
ALEJANDRO: Adiós, ángel en que vi
 luz del sol e ira del mar.
 (No me llamen desdichado
 los que me vieron perder,
 que si es cielo esta mujer,
 el cielo tengo ganado).

Vase [ALEJANDRO]

MADRE: ¿En hora mala o en buena!
ÁNGELA: Pues, ¡a fe que me cogía
 el necio enfadoso en día
 que estoy de cólera llena!
 No olvido la sinrazón
 de don Diego.
MADRE: Es hombre vil.
ÁNGELA: El nombre del alguacil,
 ¿cómo era, madre?
MADRE: Picón.

Salen don LUIS y don DIEGO

DIEGO: Con algún recelo voy,
y si me guardas secreto,
diré la ocasión.

LUIS: Prometo
que en esto un Sócrates soy.

DIEGO: Sabe que Ángela me adora
con un singular extremo.

LUIS: ¿Y por qué la temes?

DIEGO: Temo que está colérica agora.
Un alguacil conocido
llevaba por esa calle
una mujer de buen talle
presa hoy, y le he pedido,
como que era cosa mía,
por ella. Entonces salió
Ángela al balcón, no vio
y ha de haber melancolía
y celazos con extremos.

LUIS: (¿Hay necio más engañado
que éste? Y[o] soy el amado
como agora veremos).

DIEGO: Como vuelve el agua al mar
tras de su curso violento,
y la piedra deja el viento
por su nativo lugar,
como a la esfera que abrasa
en forma piramidal
sube el fuego artificial,
don Diego viene a esta casa.
Éste es el dichoso centro
donde sosiego recibo,
donde con el alma vivo,
donde con los ojos entro.

ÁNGELA: ¡Rómpele aquí sufrimiento
y piérdase la prudencia,
porque no quiero paciencia
cuando de enojo reviento!
Hombre sin alma en el pecho,
sin término y cortesía,
¿cómo entras con osadía
haciendo lo que hoy has hecho?

[A don LUIS]

DIEGO: ¿No te lo dije?

ÁNGELA: Si alcanzas
uso de razón del cielo,
¿cómo pagas mi buen celo
con falsas desconfianzas?
Si sabes la estimación
con que el mundo mi honor paga,
¿cómo he de sufrir que haga

suertes conmigo un Picón?
¿Alguacil fue menester
para llevártela a casa?
DIEGO: Oye y sabrás lo que pasa.
ÁNGELA: No tengo ya qué saber.
DIEGO: Ángela, escucha y advierte
que el alguacil que llevó...
ÁNGELA: No quiero disculpas, no.
Huélgome de conocerte.
Sola yo soy de fiar.
Sola yo cumplo y prometo.
No hay en los hombres respeto.
LUIS: (¡Que esto he venido a escuchar!
¿Cuándo una vil mujer suele
pedir tan públicos celos?)
ÁNGELA: Colérica estoy. ¡Ah, cielos!
¡Picón a mí!

A don LUIS

DIEGO: Allí le duele.
ÁNGELA: ¿Más que a mí precia y codicia,
siendo yo tan fiel y honrada,
su rica joya estimada
en manos de la justicia?

A don LUIS

DIEGO: Piensa que aquella mujer
que iba presa es dama mía.
ÁNGELA: El que de mí no se fía,
mal me debe de querer.
DIEGO: Ángela, siempre te estimo
más que el precioso tesoro,
estos umbrales adoro,
con tu sol mi cuerpo animo;
pero advierte que no tengo
culpa en eso, y que he venido
a disculparme.
LUIS: (Yo he sido
majadero, pues que vengo
a ver este desengaño).
ÁNGELA: Vete, don Diego, de aquí.
No estés delante de mí,
porque es duplicar el daño.
Vete a tu casa a guardar
la joya que te ha llevado
tu alguacil.

A don LUIS

DIEGO: En esto ha dado.
(¡Oh, modo nuevo de amar!
¿Quién no estima esta verdad,

quién no adora estos enojos?
Que están, con ira, sus ojos
llenos de amor y piedad).

A ella

ÁNGELA: A casa no la llevó;
a la cárcel la ha llevado.
Pues, ¿a mí, dame cuidado
si fue a la cárcel o no?
Llévala donde quisieres,
que el no tener confianza
de mí siento.

LUIS: (¿Qué mudanza
no nació de las mujeres?)

MADRE: ÁNGELA tiene razón.
Vete, que tu error me espanta.

A don LUIS

DIEGO: Aun la madre, siendo santa,
consiente ya su afición.
Procura desenojalla,
don Luís, y aquí te espero.

A ellas estos dos versos y vase don cortesía

MADRE: Disculpas no bastan. Quiero
vencer, si vence quien calla.
¡Hoy es día de pesados!

A LUIS

ÁNGELA: ¿Qué te ha parecido de esto?
LUIS: Que he derribado muy presto
la torre de mis cuidados.
Pluguera al cielo crüel
que yo cual él te tratara,
y de tu boca escuchara
las ofensa que oyó él.
Pluguera al Dios que otro tanto
hubiera contigo hecho,
y te quitara del pecho
lo que ya me cuesta llanto.

Colérico

Don Diego anduvo gentil
aunque descortés le llamas,
mas no faltan otras damas
ni faltará otro alguacil.
Yo también haré otro día

lo mismo que él. Podrá ser
que en mi pecho vuelva a ver
la riqueza que fue mía.

[A su MADRE]

ÁNGELA: No lo entiendo. ¡Ay, infelice!
De confusión estoy llena.

[A la hija]

MADRE: Pide también su cadena.
Harto claro te lo dice.
Éstos son dos bellacones
que nuestra estafa han olido,
y por esto se han valido
de alguacil y porquerones.
¿No ves cómo te amenaza?
Dale su cadena, amiga,
porque a questo no se diga
públicamente en la plaza.

[A él]

ÁNGELA: ¡Vil, descortés, apocado,
muchacho en la condición,
que con vana presunción
finge amor y honra ha mostrado!
¿Ves hoy tu cadenilla?
Ni la estimo, ni la precio;
no quiero prendas de un necio
que a tanta infamia se humilla.

Arroja la cadena y vase ÁNGELA

MADRE: No entres más en esta casa.

[Vase la MADRE]

LUIS: ¿Qué súbita alteración,
qué enojo sin ocasión
por estas mujeres pasa?
Don Diego, al fin, es querido,
yo vilmente despreciado.
Cadena, ya os he cobrado;
menos mal, no os he perdido.

Vase. Sale ALEJANDRO de noche

ALEJANDRO: Noche apacible y serena,
cubre a un hombre que se abrasa

de sospechas en su casa
y de amores en la ajena.
¿Qué infierno iguala a mi pena
si me da tormento ver
llena de oro de placer
a Isabela? ¡Oh, caso nuevo,
que a preguntar no me atrevo
lo que procuro saber!
Yo mismo a mí me argumento,
y digo: ¿Qué maravilla
que mujer casta y sencilla,
de no mal entendimiento,
lleve con buen sufrimientos
mi enojo: Y, ¿qué novedad
que con tanta brevedad
tenga dinero Isabela
si guardó alguna joyuela
para esta necesidad?
Siendo así, ¿qué me atormenta?
Y responde la razón
que nuestra imaginación
errores nos representa.
Dice el alma: Pues, intenta
salir de este ciego error.
Pero adviérteme el temor
que deje en duda mi daño,
porque podrá el desengaño
causarme pena mayor.

Sale ROQUE

ROQUE: ¿Eres tú, señor?
ALEJANDRO: Sí, soy.
ROQUE: Pues, ¿aquí en la calle estás?
ALEJANDRO: Me alegra a las veces más
que cuando en mi casa estoy.

Siempre ALEJANDRO melancólico y pensativo

ROQUE: ¿Viste a doña Ángela?
ALEJANDRO: Hoy.
ROQUE: ¿Qué te dijo?
ALEJANDRO: Me ha alabado
flor y vestido, y me ha dado
un recado para ti.
ROQUE: (Él está fuera de sí
de necio o enamorado).

Sale CARLOS de noche

CARLOS: ¿Quién ha visto devaneo
mayor que el que me desvela?
Que amando en vano a Isabela,
mirar sus rejas deseo.

Hablad, alma, pues que veo
que ignora dolor tan grave;
que aunque en el alma no cabe
el callar será locura,
porque el médico no cura
la enfermedad que no sabe.

Mira a las ventanas

ALEJANDRO: Mirando a nuestros balcones,
un hombre se ha detenido.
¿Le ves?
ROQUE: Sí.
ALEJANDRO: ¿Le has conocido?
ROQUE: ¿Soy lince?
ALEJANDRO: Imaginaciones,
no añadáis nuevas razones
a mi mal. Otra vez mira.
CARLOS: ¡Ay!
ALEJANDRO: Vive Dios, que suspira!

Vase CARLOS

ROQUE: Ha perdido o va cansado.
ALEJANDRO: Ve a conocerle embozado,
que de casa se retira.

Va tras él ROQUE

Vencer quisiera mi mal
con hidalga confianza;
porque el marido que alcanza
una mujer principal,
con pensamiento leal
ha de honrarla si es honrado.

Salen MARCELO, embozado, y FABIÁN

MARCELO: Agora me han avisado
que está Alejandro en la calle.
FABIÁN: Aquél es.
MARCELO: Encubre el talle.
ALEJANDRO: ¡Otros también se ha parado!
Dos son, y a mi casa miran.
¿Qué tiene esta casa, cielos?
Rayos son de muerte y celos,
no flechas las que me tiran.
Yo apostaré que suspiran
como el otro y si es ansí
ya la razón presumí;
que es afecto de envidioso.
¿Qué dice quien fuera esposo
del ángel que vive aquí?

Silba FABIÁN

MARCELO: ¡Ce, ce!
ALEJANDRO: ¡Vive Dios, que llaman!
Silbos también señas son.
Ya en el débil corazón
como ardientes furias braman
mis sospechas, y lo inflaman
en cólera. Voy tras ellos
aunque a esperar los cabellos
de la Ocasión me he resuelto;
pero ya Roquillo ha vuelto
y ha podido conocellos.

Vanse MARCELO y FABIÁN y encuéntranse con ROQUE

ROQUE: Bien te conozco, señor.
MARCELO: Disimula.
ALEJANDRO: ¿Es Roque?
ROQUE: Sí.
ALEJANDRO: ¿Quién era el primero, di?
ROQUE: Carlos de Villamayor,
aquel sevillano.
ALEJANDRO: Honor,
no es mi recelo muy vano.
¿Y éste?
ROQUE: Un conde italiano
que la calle nos pasea.
ALEJANDRO: Tiempo habrá que el valor vea
de un español cortesano.
ROQUE: (¡Con cuánta facilidad
da crédito a sus agravios!
¡Mordiéndome estoy los labios
por no decir la verdad,
con risa!)

Sale por otra puerta MARCELO, hablando alto

MARCELO Con brevedad
volveré a casa, que quiero
ver a mis hijos primero.
ROQUE: Tu padre pasa.
ALEJANDRO: Señor.
MARCELO: ¿Es Alejandro?
ALEJANDRO: ¡Ay, honor!
MARCELO: Hijo, ¿qué traes?
ALEJANDRO: ¡Rabio! ¡Muerdo!
No niego mis desvaríos;
no niego que ciego estoy.
Un nuevo pródigo soy
que ya a tus pies, hechos ríos
de sangre, los ojos míos
borrarán mi error pasado;

pues que tanto me ha pesado
que no se puede igualar
la locura del jugar
al dolor de haber jugado.
No cumplí lo que dijiste;
perdí la hacienda, señor,
que has dado; y el honor
sospecho que pierdo. ¡Ay, triste!
Que tú también me lo diste.
Mi condición rigurosa
mal ha tratado a mi esposa,
y haciendo de esto trofeo,
llena de joyas la veo
más alegre y más hermosa.

MARCELO: (Ansí, ansí, morder el freno
y sabréis qué es ser casado).

ALEJANDRO: Cúyas son le he preguntado,
y ella, de púrpura lleno
el rostro, poco sereno:
"Busquélas," me respondió.
El temor me suspendió,
y agora gente que pasa
hace señas a mi casa.

MARCELO: ¡Yo tengo la culpa, yo!
Hijo, hijo, la razón
te dice con experiencia
que suele tomar licencia
la mujer con la ocasión.
Trátela bien el varón,
asista en su casa, niegue
el gusto al vicio, y no juegue,
muéstrale amor y regalo,
porque es animal muy malo
para que el hombre le ruegue.

Alerta, hijo, yo quiero
ser el Argos de tu esposa,
pero tú no has de hacer cosa
sin decírmela primero.
Viejo soy, y ver espero
tu edad mayor que la mía.
¡Qué poco, qué breve día
en esta casa rúin,
como de tahur, en fin,
ha durado la alegría!

Vase [MARCELO]

ALEJANDRO: ¡Oh, hijos del Amor, reyes tiranos!
Envidia, confusión, rabia, tormento,
verdugos del valor, del pensamiento;
infiernos, inquietud, temores vanos;
pensión sobre los ánimos humanos,
espuelas del prudente sufrimiento,
guerra entre voluntad y entendimiento
a quien nunca dan paz consejos sanos;
ciegas sospechas, locas fantasías,

quiméricos antojos y desvelos,
inmortal presunción, sombras, engaño;
confusa oscuridad, desdicha[s] mía[s],
imaginado mal, tiranos celos,
o la muerte me dad o el desengaño.

FIN DEL SEGUNDO ACTO

ACTO TERCERO

Salen CARLOS y ÁNGELA

ÁNGELA: Al amor que vive en mí
es imposible que llegues.
Mira Carlos, no me niegues
pues yo he negado por ti
a mi patria la presencia,
a mi lengua la verdad,
al alma la libertad,
y a mi madre la obediencia.
Ella quiere que al sosiego
dé el pecho libre y sencillo.
Amé y no puedo encubrillo
porque el mismo amor es fuego.
Rico marido quisiera
para darme, y yo, no avara,
por un Midas te juzgara
si rico de amor te viera.
¿Hay más bien? ¿Hay más riqueza
que fe de eterno valor,
que el oro puro de amor,
que las piedras de firmeza?

CARLOS: Es inmensa mi afición,
y fuera no amar así
faltar méritos en ti
o en mí el uso de razón.
Si sobra merecimiento
en tu rostro singular,
por fuerza tengo de amar
o estar sin entendimiento.
Y amándote, y siendo amado,
¿qué bien de más excelencia
que rica correspondencia
del objeto deseado?
Con tu cabello que agravios
da al sol de rayos ardientes,
con las perlas de tus dientes
y los rubíes de tus labios,
con la flor de tu hermosura
y el fruto de mi esperanza,

¿qué rey, qué príncipe alcanza
más riqueza y más ventura?

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: No es amor el que me obliga
venir aquí satisfecho,
que amor no cabe en el pecho
donde reina la fatiga.
Es mostrarme agradecido
a doña Ángela y a ver,
por milagro, una mujer
que de veras ha querido).

ÁNGELA: Toma, que amor no consiente
que yo te niegue la mano.

Danse las manos CARLOS y ÁNGELA

CARLOS: Es un favor soberano;
tuyo seré eternamente.

ALEJANDRO: (El que vive muchos años
tiene verdadera ciencia,
porque es madre la experiencia
de dichosos desengaños.
Tal he visto; mas, ¿qué espanto
concibo de esto que pasa,
si en mi desdichada casa
sospecho que hay otro tanto?
Aquí y allí, sin sosiego,
mi desdicha cruel porfía.
¡Mal haya al hombre que fía
en la mujer ni en el juego!)

ÁNGELA: Entra, a mi madre visita,
porque su estado acomoda
y a la sombra de su boda
la dulce nuestra permita.

CARLOS: Entro pues.

Vase CARLOS

ALEJANDRO: (No es hombre sabio
el que a esto puede callar.
La venganza he de ensayar
de mi doméstico agravio.
Conozca y eche de ver
mi honra dudosa y mi fama;
que quien no sufre a su dama,
mal sufrirá [a] su mujer).
Ingrata a la humana suerte,
sirena de nuestra edad
cuya voz es la beldad,
cuyo engaño es nuestra muerte,
áspid que en el campo ameno
entre hierbas y entre flores

de lisonjeros amores
tienes oculto el veneno,
basilisco que en extrañas
riberas vomitas ira,
que matas a quien te mira
y a cuantos miras engañas,

Sale CARLOS a la puerta

basilisco, áspid, sirena
que regalas los sentidos,
ojos, narices, y oídos,
en agua, flores y arena,
¿qué te hice, --di crüel--
para que engañes mi pecho?
O di, ¿Carlos, qué te ha hecho
porque le engañes a él?

ÁNGELA: ¡Jesús, y qué sobresalto!
Hombre, ¿qué dices, qué quieres?
¿En qué te ofendí? ¿Quién eres?
O, ¿vienes de seso falto?

ALEJANDRO: Falto de seso venía
cuando tu voz me engañaba,
cuando tu beldad amaba
y cuando tu amor creía.
Cuerdo estoy si este amor pierdo;
que tú, víbora malina,
das la llaga y medicina.
Loco vine y vuelvo cuerdo.

ÁNGELA: ¡Hombre, vete de esta casa;
que no entiendo tus razones!

ALEJANDRO: Cenizas son y carbones
de aquella pasada brasa.
No son celos, porque ha sido
relámpago nuestro amor
que queda sin resplandor
cuando apenas ha nacido.
No son locuras las mías
causadas de tu mudanza,
sino una justa venganza
de la intención que tenías.
Tú me quisiste engañar
y en breve tiempo fingiste
mucho amor. Sirena fuiste;
yo no te quiero escuchar.

Vase [ALEJANDRO]

ÁNGELA: ¿Hay locuras semejantes?
¿Cómo sufrís esto, cielos?

CARLOS: ¿Locuras llamas los celos
de los míseros amantes?
Mujer falsa, sin piedad,
cuya alma está sin temor,
cuyo pecho sin amor,

cuya lengua sin verdad...
¿Qué disculpa ni qué excusa
tendrás ya para tu daño,
si es evidente el engaño
y uno de los dos te acusa?
O yo el engañado soy
o Alejandro, esto es así.
Pues, si me engañas a mí,
desobligado me voy;
si la verdad es la mía,
también te dejo infiel,
que quien le ha engañado a él,
me engañará a mí otro día.

ÁNGELA: Oye, espera.

CARLOS: Entre sus penas
Alejandro te llamó
sirena. ¡Bien dijo! Y yo
no quiero escuchar sirenas.

Vase [CARLOS]

ÁNGELA: ¿De qué infiernos ha salido
este hombre tan porfiado,
que en mis ojos ha turbado
la paz y amor que han tenido?
¿Qué Alejandro liberal,
en furia y en desatino,
es el que a mi casa vino
por mi desdicha y mi mal?

Salen GÓMEZ y la MADRE

MADRE: ¿Qué tienes, niña?

ÁNGELA: ¿Esto pasa?
¡Venganza pienso tener!
El enfadoso de ayer
ha vuelto otra vez a casa
más loco y desatinado.

MADRE: ¿Alejandro?

ÁNGELA: Sí.

MADRE: ¿Quién es
este Alejandro?

GÓMEZ: ¿No ves
que es hijo del desposado?

MADRE: ¿De Marcelo?

GÓMEZ: Sí, y recelo
que gran hacienda ha perdido.

ÁNGELA: ¡De eso quedó sin sentido!

GÓMEZ: A casa viene Marcelo.

MADRE: Vete adentro.

ÁNGELA: ¿Qué se pierde que me vea?

MADRE: Es buen consejo
que el caballo, y más si es viejo,
no quiere paja si hay verde.

Vase **ÁNGELA**

GÓMEZ: Déme un libro, Gómez.
¿Cuál?
MADRE: Cual quisiere puede ser,
porque es por bien parecer.
Ya sabe que leo mal.

Salen MARCELO y ROQUE

ROQUE: Digo que le vi salir
de esta casa agora.
MARCELO: Puedo
de esa suerte entrar sin miedo
y con cólera reñir.
ROQUE: ¿Es tu casa?
MARCELO: Halo creído
como agora lo verás.

Dale [GÓMEZ] un libro a la MADRE

ROQUE: Y tú el primero serás
que pinta viejo a Cupido.
MARCELO: ¿Siempre tan bien ocupada?
¿Siempre leyendo, señora?
MADRE: Doy a los libros una hora.
MARCELO: ¿Quién es?
MADRE: Fray Luis de Granada.
ROQUE: (Estas dueñas son traidoras.
Una vi yo el otro día
que en San Martín se ponía
a rezar la[s] unas horas
con ademanes y gestos,
y ya estirando las cejas
en medio de cuatro viejas
más graves que cuatro cestos.
Después entré de repente
en su cas y la hallé
aprendiendo el abecé
de un sacristán, su pariente).

Siéntanse los dos, y ROQUE, junto a la silla de MARCELO

MARCELO: Mal, señora, habéis cumplido
lo que me ofrecéis a mí.
¿Qué quiere Alejandro aquí?
Y don Diego, ¿qué ha querido?
No deis, señora, lugar
que la vecindad murmure.
Procurad que se asegure
de vuestro honor singular.
MADRE: Es vuestro hijo importuno,
y coléricas nos tiene,

porque a dar enfados viene
sin que le llame ninguno.

[A MARCELO]

ROQUE: ¿Es muy sorda?
MARCELO: Mucho.
ROQUE: ¿A vieja acortar queréis la toca?
MARCELO: ¡Que haya creído esta loca
que enamorado me deja!
MADRE: (¡No seáis sorda! Esto me huele a burla).
ROQUE: Dile ternezas.

[A ella]

MARCELO: Dándome celos empiezas,
pero amor hacerlo suele.

[A MARCELO]

ROQUE: Mamando está tus engaños.
Mujer de cuatro sentidos,
vaya al Jordán por oídos
y déjese allá cien años.
MADRE: (Pagarme tienen escote
de la burla, ambos a dos).

Por detrás de la silla vio el libro ROQUE

ROQUE: Señor, señor, ¡vive Dios!,
que es el libro Don Quijote.
MARCELO: Ah, embustera! ¿Y no sabrá
conocer qué letras son?
ROQUE: Yo le quiero dar lección.
¡Ea, niña! "Be...a..., Ba."
MADRE: (¿Esto escucho? ¡Y que me viese
el libro este otro bellaco!)

[A ella]

MARCELO: Si los celos me traen flaco,
razón será que me pese
que aun mi hijo os venga a ver
y sienta aquí regocijo.
MADRE: (Éste, por guardar su hijo,
mi honor intenta perder.
Pagáramelo, si puedo...)
Después, mi señor, que os vi,
sólo vos vivís en mí,
y por vuestra esclava quedo.

[A MARCELO]

ROQUE: Si en ella vives, tú estás
allá en Castilla la Vieja.
MADRE: ¿Qué habláis los dos a la oreja?
¿Murmuráis de mí?
MARCELO: Jamás supe qué era murmurar.
cuanto más de quien adoro.

[A MARCELO]

ROQUE: Eso fuera ser tú moro,
pues venías a adorar
el zancarrón de Mahoma.
MADRE: (¡No seáis sorda! Por mi vida,
que la venganza está urdida.
Miren pues con quién se toma).
ROQUE: Pregunta cuándo ha de ser la boda.
MARCELO: Casi no creo
que de mi ardiente deseo
el dulce fruto he de ver.
Con gran alborozo estoy.
MADRE: Aunque a bellacos les pese,
quisiera que luego fuese.
(Y no seré yo quien soy
si por las mismas heridas
no hago que sea verdad
su burla).
MARCELO: Con brevedad
uniremos nuestras vidas,
pero con tal condición
que visitaros no tiene
mi hijo.
MADRE: (A eso va y viene,
como es esa su intención).
Ansí, señor, ha de ser.
Y en fe de esto, antes que os vais,
quiero que a Ángela veáis.
¡Mira, que te quiere ver
tu padre! ¡Sal acá, niña!
MARCELO: Ya la he visto y me ha agradado.
ROQUE: ¡Una hija te ha pegado!
Ella es de casta de tiña.

Sale **ÁNGELA**

ÁNGELA: ¿Qué me mandas?
MADRE: Reconoce a tu padre y tu señor.
ÁNGELA: Es para mí gran favor.
MARCELO: Sus años con gusto goce.
Angel es en la hermosura
como lo es en el nombre.
Dichoso, dichoso el hombre
que espera tanta ventura.
ÁNGELA: Lisonjas son, cortesanas.
MADRE: (El cebo le he puesto ya.
Si pica, él se acordará

muy bien de las sevillanas).
MARCELO: (¡Qué tez hermosa y serena!
En su color soberana
derrama Amor nieve y grana
a la clavel y azucena.
En el sol resplandeciente
de sus ojos, vivir pudo
Amor, que como desnudo
busca la región ardiente.
Su edad verde es de manera
que mayo en sus ojos vive.
porque las flores recibe
de esta humana primavera).
Roquillo, ¿qué te parece?
ROQUE: Casi, casi tan hermosa como mi dama.
MARCELO: ¿No es cosa de admiración?
MADRE: (El padece. A propósito le tengo
la red; que es muchacha y bella.
Si cae esta vez en ella,
yo el doy con la de Rengo).
¿Qué te parece, señor?
MARCELO: Un árbol lleno de flores,
y que en él mata de amores
su hermosura al mismo Amor.

[La MADRE y MARCELO pasan a un lado]

MADRE: Escucha, Marcelo, aparte.
Algo sorda y algo vieja
soy, y la edad no me deja
valor para regalarte.
Esta muchacha es hermosa,
hija de padres honrados,
honestos son sus cuidados,
que es modesta y virtuosa.
Cásate con ella, y yo,
que bien te quiero, Marcelo,
viviré alabando al cielo
por la dicha que le dio.
MARCELO: (Más apacible beldad
jamás en mis años vi.
Un Jordán es para mí,
que ha renovado mi edad.
Si es como rayo el amor,
que en un brevísimo instante
rompe el mármol más constante
con su violento furor,
¿qué mucho que le hermosura
de una mujer peregrina
cause tan presto rüina
en una edad ya madura?
Rico soy; ella me agrada.
Murmuren de mí esta vez;
que he de pasar mi vejez
en juventud regalada).

Señora, tu yerno soy.
MADRE: ¿No te quieres informar
de su virtud singular?
MARCELO: Por informado me doy.
MADRE: Pues, de esta manera sea
porque conviene el secreto;
que quiero guardar respeto
a un señor que la desea:
dale a un amigo poder,
desposaráse con ella,
vendrás tú después a vella,
y llevarás tu mujer
sin gastos y sin rüido.
MARCELO: Dices bien, y escribir quiero
en este libro primero,
padres, nombre y apellido
para que el poder se haga.

Saca un libro de memorias y va escribiendo

MADRE: (Él ha venido al reclamo.
Ángela también me llamo.
La burla esta vez me paga).
MARCELO: ¿Ángela de qué?
MADRE: De Heredia.
(Ella Mendoza se llama
como su padre. ¡Qué trama
para urdir una comedia!)
MARCELO: ¿Y su padre?
MADRE: don Andrés
de Heredia. (Mi padre fue).
MARCELO: ¿Su madre?
MADRE: (El nombre diré
de mi madre). Doña Inés
de Soria. ¿Ya no lo sabes?
MARCELO: Preguntélo por no errar.
MADRE: (Vos veréis qué es engañar
mujeres nobles y graves).
MARCELO: Hecho está el apartamiento.
Con el poder vendrá luego
un notario.
MADRE: Es mi sosiego
este noble casamiento.
MARCELO: Yo te prometo, señora,
grandes albricias.
MADRE: No mandes
a tu hechura albricias grandes.
MARCELO: ¿Por qué no, si eres Aurora
de aquel sol que tú me das?
Roque, vamos.
ROQUE: ¿Es delito
preguntar lo que has escrito?
MARCELO: Eso después lo sabrás.

Vanse haciendo cortesía a ÁNGELA

MADRE: ;Oh, cómo tiene embelecados
 la corte en su confusión!
 Estatuas los hombres son
 que fantásticos y huecos,
 sin sustancia y sin bondad,
 no tienen más que apariencia,
 y así la sabia experiencia
 es crisol de la verdad.

ÁNGELA: ¿Cómo, madre? ¿Ya no quiere
 desposarse?

MADRE: ¿Ha de querer
 que el ardid de la mujer
 al de los hombres prefiere?
 Luego salgo.

Vase la MADRE

ÁNGELA: Dulce Amor,
 que al alma vas por los ojos,
 traeme a Carlos sin enojos;
 afloja el arco al rigor.

Sale GÓMEZ

GÓMEZ: Ya lo traigo, en que me vi
 de persuadirle rogando.

ÁNGELA: Buenas albricias te mando.

Sale CARLOS y vase GÓMEZ

CARLOS: Con violencia vuelvo aquí.
ÁNGELA: Carlos, aquél que se llama
 verdadero enamorado
 no ama bien si no ha estimado
 la autoridad de quien ama.
 De estimar suele nacer
 no dar crédito al engaño,
 procurar el desengaño,
 y escuchar para saber;
 que hay engaños aparentes,
 y de amorosos recelos
 nacen obstinados celos
 y opiniones diferentes.

CARLOS: Alejandro estaba loco
 porque se ve sin hacienda.
CARLOS: Al fin, ¿quieres que no entienda
 lo que con las manos toco?
 Este tiene la mujer
 que contra la luz del día
 niega rebelde, y porfía.
 ¡Y, en efecto, ha de vencer!

Sale don DIEGO

DIEGO: (Si habrá el amor mitigado
los favorables enojos
de aquellos hermosos ojos
de quien flechas ha tomado.
La cólera del amante
es como nube de mayo
que llueve, truena y da un rayo,
y se serena al instante.

Ve a los dos

Confianza tan incierta,
¿cuándo en el mundo se ve?
No me han visto; dicha fue
no estar cerrada la puerta).
ÁNGELA: ¿Rompí, en efecto, los lazos
de tus engaños?
CARLOS: Ya creo
las verdades que deseo.
ÁNGELA: Toma en albricias los brazos.

Abrázanse

DIEGO: (¡Qué sea tan bestia yo
que creyese a esta mujer!)
ÁNGELA: Háblal[e], que puede ser
que no te diga de no.

Vase CARLOS

DIEGO: Lindamente se ha vengado
de los celos que le di,
sierpe libia, que hay en ti
veneno disimulado
entre labios de claveles.

Vuelve CARLOS a la puerta

¿Cuándo traidor cocodrilo
lloró en el margen del Nilo
con engaños más crüeles?
¿Ayer quejas en los labios,
ayer lágrimas y amor;
hoy abrazos, hoy rigor,
hoy desdenes, hoy agravios?
No me quejo que faltase
en ti amor, que en la mujer
ordinario suele ser.
Quéjome de que empezase...
ÁNGELA: ¿Qué infernal persecución
es la que en mi daño pasa?

¡Es Babilonia mi casa,
es abismo, es confusión!
¿De qué Nuncio de Toledo,
de qué hospital de Valencia
se han soltado, con violencia,
tantos locos? Ya no puedo
resistir los golpes fieros
de mi fortuna.

DIEGO: ¿Y querrás
disculparte, y negarás
tus abrazos lisonjeros?
Brazos traidores y bellos
diste a Carlos con amor,
y aun es la culpa mayor;
que le rogaste con celos.

ÁNGELA: ¿Qué te importa, hombre o demonio
sin ley ni buen crianza?

DIEGO: Luego, ¿dirás que es venganza,
pues, llamarlo testimonio
no puedes?

ÁNGELA: Vete de aquí.
¿Qué? ¿No tuviese cerrada
yo mi puerta?

DIEGO: A mi pasada
dulce libertad volví.
Voyme, y dejo tu galán
con quien de mi amor te ríes,
pero advierte que me envíes
esas memorias que están
neciamente en tanto olvido.

ÁNGELA: ¿Qué me dices, monstruo fiero?

DIEGO: (Bien verá que ya no quiero,
pues mi cadena le pido).

Vase [don DIEGO]

ÁNGELA: ¿Hay tan oscura quimera?
Ya se fue, gracias a Dios.

CARLOS: ¿Dos veces, Ángela? ¿Dos?
¿Y de una misma manera?
¿A ver esto me has traído?
¿Fue lo pasado tan poco?
¿También don Diego está loco?
¿También su hacienda ha perdido?
¿No fue éste su caso, acaso?
Tú, crüel, lo pretendiste
porque sin duda creíste
que con tus celos me abraso.
¡Que vale para quien eres!

Acomete a irse y ásele de la capa ÁNGELA

ÁNGELA: Mira que aquéste don Diego
anda por mí sin sosiego,
pero yo...

CARLOS: Engañarme quieres.
"¡Ayer quejas en los labios!
¡Ayer lágrimas y amor!
¡Hoy abrazos! ¡Hoy rigor!
¡Hoy desdenes! Hoy agravios!"
¿No te dijo? Aquésta son
palabras de pretendiente
o de quien agravios siente
porque está en la posesión.

Tira de la capa y vase

ÁNGELA: ¿Qué? ¿No me quieres oír
satisfacción a tu agravio?
¡Muerdo! ¡Desespero! ¡Rabio!
¡Oh, cómo cansa el vivir!

Vase [ÁNGELA]. Salen MARCELO, ALBERTO y un NOTARIO

MARCELO: Haráse este poder de la manera
que he dicho, y yo lo otorgo;
que en efecto me caso porque tengo
un hijo, y hele inquieto.
Quizá sosegará viendo casado
al que heredar espera.

ALBERTO: No eres tan viejo tú que andes errado,
Marcelo, en esa acción.

MARCELO: Advierte, Alberto,
que aunque eres novio sólo de prestado,
no te turbas. La madre está algo moza
y pudieras errar, pero trae tocas
de viuda, y fácilmente
conocerás su hija, sol de oriente.

ALBERTO: Advertido estoy. Bien, vamos notario.

MARCELO: Secreto es necesario.

NOTARIO: Sabrémosle tener.

Vanse [ALBERTO y el NOTARIO]

MARCELO: ¡Dichoso día!

Sale ALEJANDRO

ALEJANDRO: Nació de mi crüel melancolía
horrendo monstruo, al fin. Nació mi daño.
¡Dichoso el que en extraño
imperio o mar se aleja,
y aquel paterno amor pone en olvido!
¡Dichoso el que se deja
la patria y varios reinos peregrina
sin ley ni disciplina!

MARCELO: Alejandro, ¿qué tienes?

ALEJANDRO: Una joya que yo, mísero loco,

con un vestido di (mi amor confieso),
y también la cadena de diamantes
hallé en un escritorio
de Isabela. ¡Ay, honor! ¿Por dónde vino?
Mi agravio aquí es notorio.

MARCELO: Investiguemos, pues, ese camino.
El caso es grave; disimula, hijo.
Toma dineros por si te conviene
hacer más diligencias.

Dale una bolsa

Yo, por mi parte, voy sin regocijo;
que el caso melancólico me tiene.
(Buscando esta experiencia
ahora pienso ver si el sentimiento
le olvida de su juego y mocedades).

Vase [MARCELO]

ALEJANDRO: ¡Salid, salid verdades,
salid a plaza ya! ¿Si no dio Roque
la rosa de diamantes a doña Ángela
y a Isabela la dio? No es verosímil.
Y la cadena de diamantes, ¿cómo
a Isabela volvió si fue don Diego
aquél que la ha ganado?
Mi muerte sabré de él o mi cuidado.

Sale ROQUE

ROQUE: De don Pedro un recado
te espera.

ALEJANDRO: Di, ¿qué quiere?

ROQUE: Que en su casa
hay agora, señor, un grande juego,
y esquitarte podrás.

ALEJANDRO: Vete, demonio.
Demonio tentador, ¿juego me nombras
entre las negras sombras
del dolor que me trae arrepentido?

ROQUE: (¿El juego da al olvido
con dineros? ¡A fe que está trocado!)

ALEJANDRO: Ven acá, Roque. ¿Diste...

ROQUE: ¿Qué?

ALEJANDRO: ¿...la rosa
de diamantes a aquella sevillana?
¡La verdad, la verdad!

ROQUE: ¿Pierdes el seso?
¿Cómo sales con eso?
¿Tú mismo, no dijiste que alababa
el vestido y la flor cuando te hablaba?

ALEJANDRO: Vete, bien dices.

ROQUE: (Ya la rosa ha visto.

Al fin hacen los celos
que mude inclinación).

Vase ROQUE

ALEJANDRO: ¡Ah, santos cielos!
¿Don Diego, no será quien le ha enviado
la cadena? Esto es cierto.
Alguno la ha ganado
en mi deshonra pródigo. Soy muerto.

Sale ROQUE

ROQUE: Señor.
ALEJANDRO: ¿Otro recado?
ROQUE: Doña Ángela te ruega
que la vayas a ver.
ALEJANDRO: Demonio, vete;
que ya no ama ni juega,
ni jugará jamás hombre tan necio.
Ni la estimo ni precio.
ROQUE: (Bueno va esto, a fe). Don Diego viene.

Sale don DIEGO y vase ROQUE

ALEJANDRO: (Su lengua ha de ser la que condene
o absuelva mis agravios.
Mi desdicha o mi bien está en sus labios).
DIEGO: Alejandro, un negocio de importancia
a tu casa me trae.
ALEJANDRO: (Decirme quiere
mi deshonra, sin duda). Aquí me tienes.
DIEGO: Mi amigo fuiste siempre, y me confío.
ALEJANDRO: (Ya llega el dolor mío).
DIEGO: Acuchillar tenemos, esta noche,
un hombre que me enfada.
ALEJANDRO: En hora buena.
¿Y quién es él?
DIEGO: Es Carlos.
ALEJANDRO: (¡Qué camino
para no darme pena!)
Toma de mí venganza.
DIEGO: Amaba a Ángela yo, con esperanza
de su boca nacida;
mas ya su fe, su vida,
adora a Carlos, y aun le da, sin duda,
lo que estafa a los otros. La cadena
que perdiste y gané, como no es muda,
diciendo que era buena,
ya que no dada, me sacó prestada.
Cobraréla esta tarde
y después buscaremos
al andaluz cobarde.
ALEJANDRO: En este mismo puesto nos veremos.

DIEGO: Adiós.

Vase [don DIEGO]

ALEJANDRO: Averiguados
mis agravios están y mis cuidados.
Carlos anoche suspiró a mi puerta,
y Carlos en mi calle está de día.
Ángela quiere a Carlos. Cosa es cierta.
Testigo de ella ha sido el alma mía.
Pues si ella le regala, ella le ha dado
la joya y la cadena,
y a mi casa infelice la ha enviado.
¡Oh, casa de tatur, casa bien llena
de agravios, deshonor, melancolía,
cuán poco duró en ti nuestra alegría!

Sale ISABELA

ISABELA: Como al enfermo agrada
el alba alegre y luz resplandeciente
de su cara rosada,
y el líquido cristal de clara fuente
alegra al peregrino
fatigado del áspero camino,
ansí, señor, me alegra
vuestra venida a casa, aunque es aurora
que absconde nube negra.
No os he visto, señor, alegre una hora
en aquestos dos días.
No eclipsen nuestro amor melancolías.

ALEJANDRO: Como al enfermo enfada
la noche oscura, que del sol ausente,
a mí la luz templada;
y como en el estío el sol ardiente
fatiga al peregrino
en su prolijo y áspero camino,
ansí me dan enfado
tus lisonjas, tu voz y tus amores.

ISABELA: Blanca miel ha sacado
la solícita abeja de las flores
en el pradillo ameno,
y la araña en la flor halla veneno.
La flor, ¿qué culpa tiene
si el daño está en el pecho y no en su hoja?
Amor cándido viene.
Si amo, me alegra amor; y amor te enoja.
Condena tus errores.
No culpes a mi voz ni a mis amores.

ALEJANDRO: ¡Qué ejemplos tan vulgares!
¡Qué argumentillos necios y cansados
para aumentar pesares!

ISABELA: Comunícame ya tantos enfados.
Si es público el efeto,
¿por qué a la causa das tanto secreto?

ALEJANDRO: En su principio es fuente
dormida entre esmeraldas aquel río
que en su espalda consiente
la máquina admirable de un navío.
Mi agravio es hoy infante.
Si más vida le doy, será gigante.
¡Hola!

ROQUE: ¿Señor?

ALEJANDRO: La puerta
con vigilancia guarda, ya que ha estado
a mi desdicha abierta.
Salga del pecho mi dolor callado,
y en confusos desvelos
la honra y el amor paran sus celos.
Isabela, yo estimo
en mucho tu valor, tu virtud creo.
En el alma la imprimo;
mas debo sujetarme a lo que veo
porque el discurso halla
al crédito y la vista en cruel batalla.
La controversia es fuerte.
Escoge, pues, con ánimo sencillo,
la verdad o la muerte.
En tus labios están la vida y cuchillo.
O entrega la garganta,
o dime la verdad piadosa y santa.

ISABELA: Si tú quieres verdades,
¿cómo las pides con rigor y pena?
¿Con muerte persuades
que diga la verdad a la que es buena?
Pregunta, dulce amigo,
que si quieres verdad, verdades digo.

Asela del brazo

ALEJANDRO: ¿De quién has recibido
la rosa y la cadena de diamantes
que yo, ¡ay de mí!, he perdido?

ISABELA: A preguntas, oh infiel, tan ignorantes,
no debe dar respuesta
una mujer tan noble y tan honesta.

Suéltase del brazo con ira

Pregúntalo a Marcelo,
tu padre y mi señor.

[Sale MARCELO]

MARCELO: Hijos, ¿qué es esto?

ALEJANDRO: Salir ya de un recelo,
laberinto crüel, dolor molesto.

Apártalo a un lado

- MARCELO: Si sereno tus ojos,
tus celos, tus sospechas, tus antojos,
¿qué me prometes?
- ALEJANDRO: Amo tanto a Isabela, y su beldad adoro,
aunque ingrata la llamo,
que, pues no puedo dar montañas de oro,
te juro y le prometo
de no entregarme más al juego inquieto.
Su luz me niegue el cielo
y la tierra sus frutos diferentes;
su blando y dulce hielo
vuelvan en mármol para mí las fuentes;
iguale con porfía
a la pena de Tántalo la mía;
con vanas ilusiones,
con fantástico horror y devaneos,
perturbe mis acciones
el pálido temor, y mis deseos
en tierna flor cortados
hallen por fruto míseros cuidados;
incierto peregrino
por varios campos, mares extranjeros,
a fuerza del destino
pase los años de mi edad ligeros,
si a liviandad ni a juego
las dulces horas del vivir entrego.
- MARCELO: Deseo tuvo un santo
de ver, si bien de lejos, el infierno,
lugar de eterno llanto.
Entre sueños le vio y el pecho tierno
de miedo quedó helado
como si vivo fuera y no soñado.
Yo quise, oh hijo mío,
que vieses el infierno de un agravio
y el loco desvarío
de tu vida, enmendases como sabio;
que a ver este mal llega
quien no honra a su mujer y amor le niega.
El vestido y la rosa
a Isabela entregó este fiel criado,
y con burla graciosa
la cadena a doña Ángela ha sacado,
y yo rondé tu puerta
por darte celos yo.
- ALEJANDRO: Mi dicha es cierta.
Los celos del amantes,
como disgusto dan y no deshonra,
no es mal tan importante;
mas como tocan en el gusto y honra
celos de hombres casados,
¡vive Dios!, que aun en burlas son pesados.
Perdóname, Isabela,
si la razón fue esclava de los ojos.

De rodillas

No aborrece quien cela,
dudé mas no creí vanos antojos,
y sujetos a errores
están nuestros sentidos exteriores.

ISABELA: Señor, señor, levanta;
esas palabras y esta acción ignoro.

ALEJANDRO: Eres noble, eres santa.

ISABELA: Soy quien siempre te amó.

ALEJANDRO: Yo quien te adoro.

ROQUE: Y yo la culpa toda,
y así seré la vaca de la boda.

ALEJANDRO: No serás. Bien te quiero.

MARCELO: Pues, yo, para un paterno regocijo,
hoy convidaros quiero.
Me caso en conclusión. Perdona, hijo,
que la vejez convida
a sosiego y a paz la humana vida.

ALEJANDRO: A tu gusto sujeto
viviré eternamente.

ISABELA: Y yo a tu esposa
tendré amor y respeto.

ALEJANDRO: Dínos, señor, quién es.

MARCELO: Moza y hermosa.

ROQUE: (Con la sorda te casas.
En tiempo de uvas frescas comes pasas).

Vanse. Salen ÁNGELA y su MADRE

MADRE: ¿Qué graves melancolías
son las que ya te congojas?
¿Este necio amor de Carlos
es tu pena y es tu gloria?
No te agradan mis consejos,
y así, pobre, triste y sola
pasarás mísera vida
si con Carlos te desposas.
Toma ejemplo en mi esperanza,
ejemplo en mi industria toma;
pues me caso ricamente
más vieja y menos hermosa.

ÁNGELA: ¡Oh, mal haya la avaricia!
Por ella mis ojos lloran
los favores que a don Diego
di, del oro codiciosa.
Ya Carlos, lleno de celos,
falsa y mudable me nombra,
y en aparentes razones
mezcla quejas rigurosas.

MADRE: De esa suerte viuda estás.
Ángela, ponte estas tocas
que ya me cansan a mí;
que parecer quiero moza.

Prueba la viudez un día;
quizá con ella gozosa,
no querrás el otro estado.
Ya aborrecerás las bodas.

ÁNGELA: ¿Tan de gusto estoy que quieres
hacer máscara y chacota?

MADRE: Hermosa estarás con ella,
y tu cara será rosa;
que en la nieve sale más
la púrpura de las hojas.

Quítase las tocas la MADRE y póneselas la hija

ÁNGELA: Si para mí Carlos muere,
viuda quiero ser una hora.
En tanto que sé si tiene
vida su amor...

MADRE: Linda cosa.

Sale GOMEZ

GOMEZ: Un notario está a la puerta.
MADRE: Aquí comienza mi historia).
ÁNGELA: Las tocas me quito...
MADRE: Calla, que, a fe que no te conozcan...

Salen ALBERTO y el NOTARIO

ALBERTO: Marcelo Gentil me envía
a vuestra casa, señoras,
con un poder y un notario.
Bien sabréis a qué.

MADRE: (Yo sola
puedo saber la ocasión).

ALBERTO: Vos, pienso que sois su esposa.

A ALBERTO

NOTARIO: Harto mejor es la viuda,
y aun me parece más moza.

ALBERTO: Madrastra será, no madre,
y me río de una cosa:
que nos encargó Marcelo
no trocásemos las novias
y eligiésemos la viuda.
Más valiera errar.

NOTARIO: La otra es un ángel.

ALBERTO: Gustos son.

NOTARIO: Concluyamos, pues, que es hora.
¿Quién es doña Ángela Heredia?
Sin duda sois vos.

MADRE: La propia.

NOTARIO: ¿Vuestro padre?

MADRE: Don Andrés.
NOTARIO: ¿Vuestra madre?
MADRE: Inés de Soria.
ALBERTO: Pues, en nombre de Marcelo
os doy la mano.
MADRE: Y lo otorgan
también mi palabra y mano.
NOTARIO: Viváis edades no cortas.
De ellos doy fe, y esto es hecho.
ALBERTO: Voy a dar nuevas gozosas
a Marcelo.

Vanse ALBERTO y el NOTARIO

MADRE: Y yo le espero;
que ya el alma se alborozaba.
Quiera Dios que bien lo lleve.
ÁNGELA: Alza, Gómez, estas tocas,
que he estado con gran vergüenza.
GOMEZ: Todo es disfraces en bodas.
¿Cómo me huelgo! Y en tanto
que aquesta planeta corra,
no pierdo las esperanzas
de casarme.
MADRE: Es una cosa
casarte, Gómez, o yo...
GOMEZ: Entre la una edad y otra,
yo apostaré que no hay
de diferencia tres horas.

Sale CARLOS

CARLOS: Por esas calles se dice
que Ángela, infiel, se desposa,
y aunque ofendidos mis ojos
se abrasan porque la adoran,
¿es verdad, Ángela ingrata,
que te has de casar agora
con Marcelo? ¿Qué mudanza
tu entendimiento trastorna?
¿Con un hombre a quien el tiempo,
con sus alas voladoras
dio más plata en el cabello
que la Fortuna en su bolsa?
¿Con un viejo?
MADRE: ¡Paso, paso!
Que esas injurias me tocan.
ÁNGELA: Mira, Carlos, que es mi madre
la que se casa.
CARLOS: Perdona.

Salen don DIEGO y don LUIS

DIEGO: Cobrar quiero mi cadena;

que una niña estafadora
no ha de hacer suertes en mí
con engaños y lisonjas.
LUIS: Bien haces, pues que sabemos
que con las razones propias
que me sacó mi cadena,
te engañaba codiciosa.
MADRE: Estos me cansan. Azar
tengo en estas dos personas.

**Salen MARCELO, ISABELA, ALEJANDRO, ALBERTO, ROQUE y
FABIÁN**

GOMEZ: Si van oliendo la fiesta,
entrará la corte toda.
ROQUE: Dan lugar al desposado.
¡Plaza, plaza!
MADRE: ¡Aquí fue Troya!
Líbreme Dios de sus ira).

[A MARCELO]

ALBERTO: Si la viuda es más hermosa,
¿por qué, di, no la escogiste?
MARCELO: No digas, necio, tal cosa;
que a mi mujer no se iguala
la misma luz de[l] aurora.
ROQUE: Oye, señor, si ha de haber
música alguna en la boda,
trae trompetas y campanas
porque la novia las oiga.
ALEJANDRO: ¡Que con Ángela se case
mi padre! ¡Suerte dichosa
en razón de su hermosura!
ISABELA: Y dice que no la dota.

[MARCELO] habla con ÁNGELA

MARCELO: ¿Qué piloto llega al puerto
tras del furor de las olas,
con cuya nave los vientos
jugaron a la pelota,
más alegre que yo llego
a tus ojos de quien sombras
son el sol y las estrellas
con que la noche se adorna?
ÁNGELA: No es razón que a mí tan presto
me hagáis, señor, tantas honras.
Hablad primero a mi madre.
MARCELO: Tu discreción me aficiona.
Dices bien. (¡Cortés mujer!)
ÁNGELA: (Noble padrastro).
MARCELO: Señora,
la bendición, la licencia,

y el sí vuestro perfecciona[n]
 mis bien logrados deseos.

MADRE: Vuestra soy.

MARCELO: (Suegra piadosa).
 Pues que de esta cortesía
 fuisteis maestre, ya es hora
 que deis, Ángela, esa mano.

ÁNGELA: Daréla, pues que me importa.
 Toma, Carlos.

MARCELO: "¿Toma Carlos?"
 ¿Qué cosa es Carlos?

ÁNGELA: Se nombra
 mi esposo ansí, ¿no lo ves?

MARCELO: ¿Qué es esto, Alberto?

ALBERTO: ¿Eso ignoras?
 Es libre y busca marido.

MARCELO: ¿Qué es libre?

ALBERTO: ¿De eso te enojas?

ROQUE: Boda de invierno es la nuestra
 porque s[e] ahorra con otra.

MARCELO: ¿Qué confusión es aquésta?
 ¿Estamos en Babilonia?

ALBERTO: Con Ángela te has casado.
 ¿Qué te espantas y alborotas?

ÁNGELA: Con doña Ángela de Heredia.
 Yo soy, señor, de Mendoza.
 Mi madre es la desposada.

MARCELO: ¡No se usara en Etiopia
 tal maldad!

MADRE: Señor, paciencia;
 que en esta ocasión importa.
 Si me quisisteis primero,
 no os mentí. Yo soy la propia.

MARCELO: ¿También Ángela te llamas?

CARLOS: Señor, sí. Cosa es notoria.

ROQUE: El casamiento es ninguno.

MADRE: ¿Por qué?

ROQUE: Porque siendo sorda,
 no oyó bien lo que se hizo.

MARCELO: No alegas mal.

MADRE: ¿Soy yo boba?
 Más oigo que todos juntos.

ROQUE: ¡Venga a examen, vieja loca!

MADRE: Vos sois el loco, lacayo.

ROQUE: ¡Oyóme esta vez! Va otra
 un punto más bajo en tono
 y la dueña Quintañona
 se casa con Galaor.

MADRE: ¡Mentís, mandil de fregonas.
 Si Marcelo es quintañón,
 yo soy moza y muy bien moza.

ROQUE: ¿Ésta es sorda? En toda España
 no hay jabalí que más oiga.

MARCELO: Si no es sorda, menos mal.
 Ángela de Heredia, toma
 la mano; que si es destino,
 no hay fuerzas contradictorias.

DIEGO: Pues, agora pido yo,
doña Ángela de Mendoza,
mi cadena.

ÁNGELA: ¿Cómo, cómo?

DIEGO: Digo que pido mi joya.

ÁNGELA: Si la llevó el alguacil,
y después que no lo ignoras,
confesaste ya tenerla,
¿qué me pides?

FABIAN: Esta historia
me toca a mí.

DIEGO: ¿Qué alguacil?

ÁNGELA: ¡Qué confusión! ¡Qué memorias!
Aquí está el señor Picón.
¡Oh, como vino en buena hora!
¿No le ha dado la cadena?

ALEJANDRO: Esto, don Diego, me toca.
La cadena tengo yo;
vos tendréis el valor.

DIEGO: Sobra.

ALEJANDRO: Y la casa del taurín
enmienda y fin tiene agora.

ROQUE: Vuestras mercedes perdonen,
y aquí gracia y después gloria.

Laus Deo

FIN DE LA COMEDIA